

HURGANDO EN MI MEMORIA

el rostro amargo de la vida

A las víctimas de la violencia contemporánea en Colombia

Un homenaje de reivindicación a todas aquellas víctimas que ya descansan de ese estado de vigila de tenerle miedo al miedo, a las que sobreviven sin que nadie escuche sus gritos de angustia, a los perseguidos sin nombre, a los excluidos y vulnerables que no tienen voz.

También es un mensaje para todos los que de alguna manera estamos comprometidos en cultivar la paz, la libertad y el amor en todos los sentidos, quienes miramos el porvenir con esperanza, en el que el sol despliegue todo su esplendor y los dueños de la muerte sean guardianes de la vida.

Demasiados compatriotas han muerto en una guerra sin sentido para que nosotros sigamos indiferentes ante la posibilidad de sepultar las penas y esa historia de horror que nos ha condenado a la ignominia. La paz es el camino.



Ave Viajera
Editorial

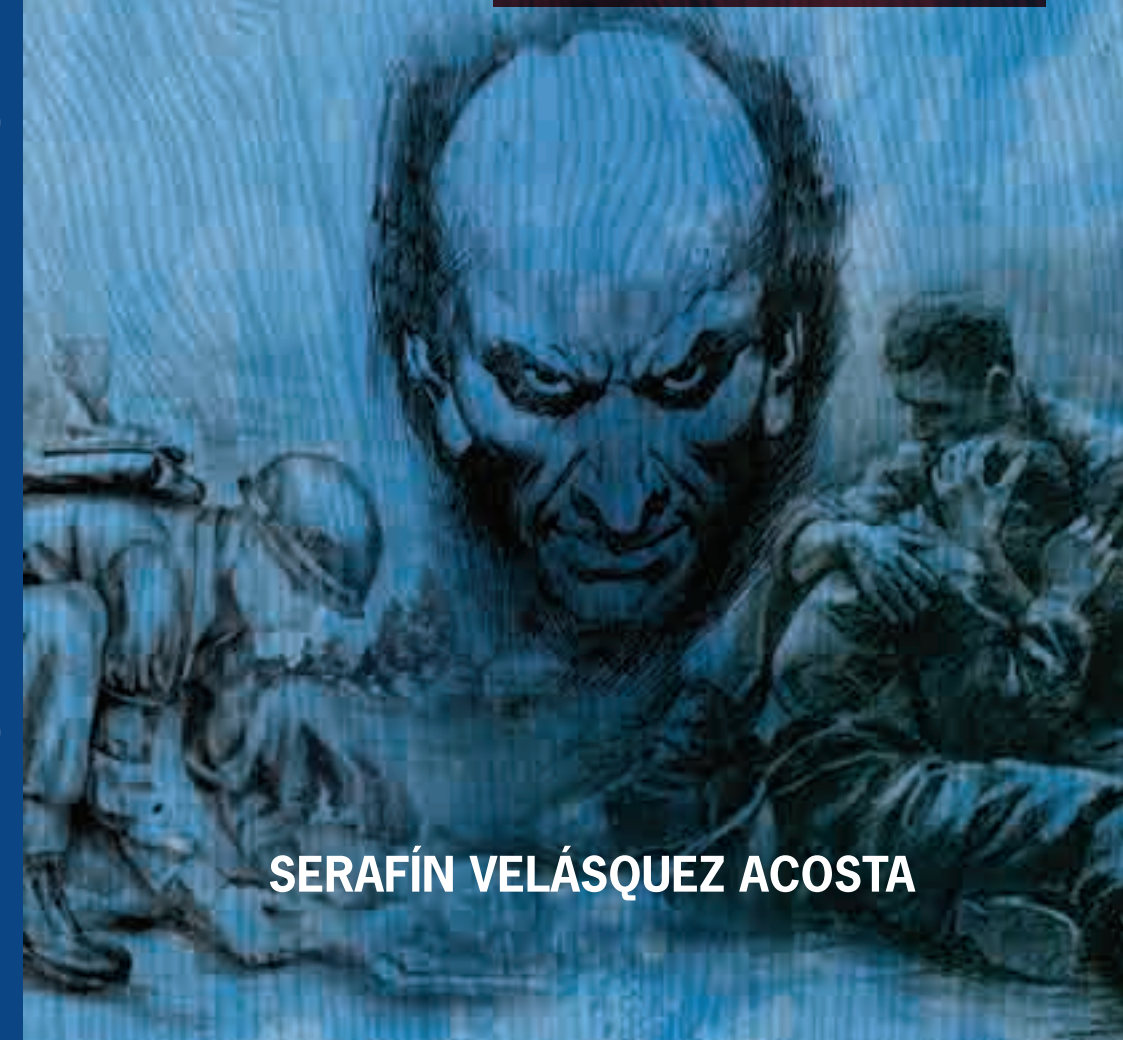


Hurgando en mi memoria - el rostro amargo de la vida - Serafín Velásquez Acosta

HURGANDO EN MI MEMORIA

el rostro amargo de la vida

A las víctimas de la violencia contemporánea en Colombia



SERAFÍN VELÁSQUEZ ACOSTA

A mi edad

De algo estoy seguro
Con los años, sereno mi espíritu,
Las cosas las miro como son.
Y la sensibilidad me aflora.
Pero, aunque diga algunas veces
llevado por las frustraciones
que este país no lo arregla nadie
también es cierto que,
en lo más profundo de mi corazón,
guardo la esperanza
de que mis nietos
y los hijos de mis nietos
puedan disfrutar de la armonía
en una nación en paz.

Serafín Velásquez Acosta

Serafín Velásquez caminó con los embera katíos en Montería y los escuchó atento. Todos ellos fueron invitados por el Festival de la Memoria, organizado por jóvenes estudiantes de la Universidad, para recordarle a la región que hay una deuda con la memoria y con la verdad. Ese día, con templanza y moderación, leyó algunas líneas de este que hoy se presenta como libro. Al final, respiró tranquilo, como ahora, sabiendo que tiene el deber de hacer emerger sus relatos para compartirlos con todos aquellos que vivieron las angustias de un tiempo que no concluye, un tiempo lleno de horror y belleza que se recicla.

Ginna Morelo Martínez

SERAFÍN VELÁSQUEZ ACOSTA

Hurgando en mi memoria

**El rostro
amargo de la vida**

A las víctimas de la violencia contemporánea en Colombia

Montería, 2022

EntreRíos

La publicación de este libro es resultado del apoyo
de Entre Ríos Museo.

Primera Edición

Hurgando en mi memoria

El rostro amargo de la vida

Serafin Velásquez Acosta 2022

Editor: Joseph Berolo R.

Diseño, diagramación, impresión y acabado: Editorial Ave Viajera S.A.S.

email:editorialaveviajerasas@gmail.com

Depósito Legal

ISBN: 978-958-49-7426-6

©De esta edición: Editorial Ave Viajera S.A.S., 2022

Reservados todos los Derechos de Autor. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial o por cualquier medio o procedimiento incluida la fotocopia y el tratamiento informático virtual en cualquier forma, sin la autorización escrita del autor.

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

¿Cuántos muertos nos llevará aún darnos cuenta de
que demasiada gente ha muerto ya?

Robert Zimmerman (Bob Dylan)

Lo más atroz de las cosas malas de la gente mala es el
silencio de la gente buena.

Gandhi

La violencia es el último refugio del incompetente.

Isaac Asimov

Agradecimientos

A todos esos personajes que, de alguna manera, están pintados en esta memoria relacionada con la violencia contemporánea que ha vivido Colombia en los últimos setenta años.

A esos amigos, compañeros y familiares a quienes, por diferentes circunstancias y por pensar distinto al establecimiento, los fantasmas de la muerte quitaron sus vidas sin misericordia.

A esos tantos hombres y mujeres que dejaron testimonios de las vicisitudes sufridas por la intolerancia de aquellos que lo quieren todo, contaminan todo y destruyen todo.

Y un agradecimiento especial para Ginna Morelo Martínez, por rescatar este texto que tenía archivado en mi computador. Gracias a ella, usted, mi estimado lector, puede conocer ese rostro amargo que a muchos de nosotros se nos ha atravesado en algunos momentos de la vida.

CONTENIDO

Prólogo	11
Presentación	13
Cuentos y relatos	15
Duda	15
Entre el fuego de los odios	15
Vivas peligrosos	17
Monstruos para la violencia	21
Carnes de cañón	24
Los consejos de mi abuelo	25
La ruptura en el campo	28
Tiempos difíciles	31
El florisanto	32
Confidencia	34
Do Wabura – adiós al río Sinú	37
Estado de vigilia	42
Objetivo militar	43
Una verdad de a puño	49
Sabía demasiado	51
La lista	54
Dolor por la vida arrebatada	56
Truncaron los sueños de un poeta	57

La inocencia de unos ojos verdes	61
Las señales	63
Sálvese quien pueda	63
El desafío de los ancianos	64
No se le ocurra mirar hacia atrás	65
La muerte de la inocencia	66
La angustia de una plegaria	66
Aquí todos somos víctimas	67
Paradojas de un exiliado	68
Sentencia de una madre	72
Camino del exilio	73
Los dominios de don Chano	74
Paranoia colectiva	74
El fotógrafo	75
Conspiración contra Calixto	75
Triste testimonio	76
La mina	77
Estúpidos de la guerra	77
Territorio vedado	78
Motivos para seguir viviendo	78
Mercenarios ignorantes	79
El terrible miedo de los niños	80
Los paleadores	80
El bobo del barrio	86
La ley del monte	87
En el oeste	88
Aquí la ley soy yo	89

El retorno	91
Sin preguntas	92
Informe judicial	92
Por algo lo mataron	93
Una sabia decisión	93
Esclavos del terror	94
Por seguridad	95
El mensaje	95
La anciana de algarrobo	95
Poemas	97
Por favor	97
Impotencia	97
El eco de la muerte	98
Todos somos culpables	99
Campesino sin tierra	99
Los fantasmas del viento	100
Sangra tu niñez, hijo mío	100
Explicación	101
Como de costumbre	102
Pasaron como langostas	102
Plegaria	103
Aún nos sobra tiempo	103
Creer de nuevo en la ternura	104
Morir un poco	105
Mi tabla salvavidas	106
Vive el presente efímero de la horas	106
Después de la tormenta	107

No se olviden de mí	107
Un corazón para amar	108
El amor, la única verdad	108
Mis relaciones con el mundo	109
Cómo me duele la paz	110
¿Dónde estás paz?	110
Clamor por la paz	111
Un legado para mis nietos	112
Será mucho pedir	112
Razones para vivir en armonía	113
Entre paréntesis	114
La paz en el perdón	116
Por un nuevo porvenir	116
Renacer en el amor	116
A mi edad	118
Serafín Velásquez Acosta	119

Prólogo

El relato del profesor Serafín Velásquez es crudo, cargado de vivencias, de realidad. Cuando leí por primera vez Hurgando en mi memoria sentí el roce de cada palabra, viajé en mi imaginación para conocer a los personajes que protagonizan sus cuentos, relatos, versos. Los rincones de una Córdoba que duele y que también alberga esperanza están descritos en estas páginas sin mayores pretensiones y con una maestría de esas que maduran con los años, la práctica y la experiencia.

Llegué a él en la primera década de los años 2000 para intentar entender la lucha que un grupo de pensionados de la Universidad de Córdoba, en el Caribe colombiano, habían decidido emprender ante la justicia colombiana para que les restablecieran los derechos que el paramilitarismo y la misma inacción del Estado les arrebataron a comienzos de los años 2000. Me recibió en su casa y me leyó los relatos “Paradojas de un exiliado”, “La lista”, “Sálvese quien pueda”. Su enorme solidaridad me acercó a otros tantos testigos que hicieron emerger sus memorias. Siempre que pude y puedo, vuelvo a él para decirle que su escritura es necesaria, imprescindible.

Sus relatos, desprovistos de ficción, tejidos en una biblioteca llena de literatura y textos sobre agronomía, ocurren en el territorio anfibio que como cordobeses nos define. Cada palabra hilada con especial cuidado lleva implícito el saber de un hombre noble y tranquilo que reconoció en tantos amigos, colegas y hermanos el retrato de una región herida. Él juntó las piezas para darle sentido al sinsentido. Y guardó en su ordenador cada palabra hasta que estallaran en grito más allá de la pantalla.

Serafín Velásquez caminó con los embera katíos en Montería y los escuchó atento. Todos ellos fueron invitados por el Festival de la Memoria, organizado por jóvenes estudiantes de la Universidad, para recordarle a la región que hay una deuda con la memoria y con la verdad. Ese día, con templanza y moderación, leyó algunas líneas de este que hoy se presenta como libro. Al final, respiró tranquilo, como ahora, sabiendo que tiene el deber de hacer emerger sus relatos para compartirlos con todos aquellos que vivieron las angustias de un tiempo que no concluye, un tiempo lleno de horror y belleza que se recicla. Serafín los escribió para compartirlos también con los que, sin haber atestiguado tan duro tiempo, han heredado las memorias de un pasado descuadernado, que hecho presente nos interpela constantemente, quizá con el deseo de que construyamos un mejor futuro.

Ginna Morelo
Periodista y profesora universitaria

Presentación

Fue mi abuelo Benjamín, durante mis vacaciones del año 1960, a la edad de trece años, mientras estábamos sentados en sendos taburetes en el quicio de la puerta que daba a la calle y alumbrados por una linterna de gas, en su rancho de la Montería, quien entonces, por primera vez, me habló de esa violencia que a partir de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en 1948 enlutó la vida de este país.

Una violencia que poco a poco fue inflamando toda la geografía nacional con un conflicto armado que luego se salió de madre y trascendió a todas las esferas sociales, incluyendo la clase dirigente, y que pareciera decirnos, con su virulencia verbal, que Colombia no está hecha para la paz.

Por eso, y con el fin de llamar la atención sobre esa violencia que en distintas formas ha manchado las páginas del diario que empecé en aquel abril funesto que le dio alas al rencor en esta patria mía, es que me he atrevido a presentar en este libro *Hurgando en mi memoria* una selección de situaciones testimoniales, vividas y contadas por amigos y familiares, y narradas en foros sobre víctimas del conflicto armado en Colombia y en las cuales he entretejido contextos históricos,

culturales, políticos y ambientales con el único propósito de dejar mensajes y enseñanzas a los lectores.

Un homenaje de reivindicación a todas aquellas víctimas que ya descansan de ese estado de vigila de tenerle miedo al miedo, a las que sobreviven sin que nadie escuche sus gritos de angustia, a los perseguidos sin nombre, a los excluidos y vulnerables que no tienen voz.

También es un mensaje para todos los que de alguna manera estamos comprometidos en cultivar la paz, la libertad y el amor en todos los sentidos, quienes miramos el porvenir con esperanza, en el que el sol despliegue todo su esplendor y los dueños de la muerte sean guardianes de la vida.

Demasiados compatriotas han muerto en una guerra sin sentido para que nosotros sigamos indiferentes ante la posibilidad de sepultar las penas y esa historia de horror que nos ha condenado a la ignominia. La paz es el camino.

Serafín Velásquez Acosta

Cuentos y Relatos

Duda

No sé si por decir lo que pienso me olvido de mí, o de todos los demás.

Entre el fuego de los odios

Entre los episodios que tengo guardados en mi memoria y que pertenecen a esa edad en la que uno juega con sus propias fantasías y descubre los primeros asombros de la realidad que nos circunda, rescato los recuerdos que viviera cuando tenía seis años, por allá en el año 1953, cuando de manera sorpresiva, fueron llegando a la vivienda de mis padres en Cartagena un montón de personas que se fueron acomodando de alguna manera, en las pocas habitaciones de la casa.

Mi abuelo materno, Juan Acosta, y tres de sus hijos: José con su esposa, Nelly, y Juan Junior, aún menores de edad, fueron los primeros en llegar. Venían de un pueblo llamado Canalete, según escuché, huyendo de unos tales conservadores que perseguían y asesinaban a quienes fueran liberales.

Dos meses después llegaron unos familiares de mi papá; mi tío Antonio con su esposa María y toda su prole, nueve hijos, quienes se vieron forzados a abandonar su rancho en Montería por el hostigamiento de unos matones llamados chulavitas contra los que fueran liberales.

A los pocos días llegaron procedentes de San Pelayo cuatro primos de mi padre, quienes, por amenazas de una banda de liberales que merodeaban por la región, tuvieron que abandonar su finca por ser conservadores.

En principio, a mi edad, qué iba yo a comprender aquel galimatías. No obstante, de sus tertulias nocturnales, las cuales escuchaba haciéndome el dormido, entendí que a quienes ellos llamaban liberales y conservadores eran grupos políticos que se peleaban el poder de gobernar la región de donde procedían.

Como huellas imborrables de aquellas conversaciones que sostenían los huéspedes de mi casa, quedaron en mi memoria retazos de historias que, por lo espeluznante de sus narraciones, aunque no las lograba asimilar del todo, produjeron en mí una extraña fascinación por conocer todo lo que se refiriera al tema de la violencia, palabra clave que empleaban en cada relato.

Siendo ya un adolescente fue cuando por medio de mi abuelo Benjamín vine a conocer los antecedentes y pormenores de esa tragedia ininterrumpida y cruenta en algunos periodos, que se generalizó en nuestro país con el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948.

Desde entonces, los fantasmas de la muerte, utilizando en diferentes épocas los apelativos de chulavitas, chusmeros, cachiporros, pájaros, bandoleros, paramilitares, autodefensas, guerrilleros, entre otros, en nombre de fracciones políticas, caciques regionales, terratenientes, narcotraficantes o mafiosos y con el propósito de acceder al poder y al dominio de la tierra, han recorrido los paisajes de esta Colombia nuestra, sembrando el terror y cometiendo toda clase de atrocidades de las que uno jamás podría imaginar pudiesen cometer seres humanos civilizados: ahogamientos con bolsas plásticas, descuartizamientos y mutilaciones con rulas, hachas o motosierras, decapitaciones, “cortes de franela”, empalamientos, desapariciones de cuerpos arrojándolos como alimentos de cocodrilos y leones o incinerándolos en hornos crematorios, torturas con sopletes, extirpación de fetos, de ojos, de genitales, lengua, uñas, y un largo etcétera que nos deja atónitos ante la barbarie inimaginable que produce vivir entre el fuego de los odios.

De nada han servido las banderas blancas, los llamados al orden y los procesos de paz; seguimos negándonos a nosotros mismos, marchitando los amores, reprimiendo el corazón y amordazando la esperanza.

Vivas peligrosos

En los años cincuenta del siglo XX, sucesos como el que voy a narrar y sobre el cual me enteré por un compañero de universidad ocurrieron en muchas poblaciones de Colombia como impulsores de la ola de violencia que incendió nuestra patria.

Un día cualquiera de esos que vienen cargados de tragedias, a la puerta principal de la casa de Miguel María Villarreal en la vereda de San Andrés del Río, municipio de Zambrano, se presenta, bajo los efectos del alcohol, su compadre el Mono Jacob en compañía de sus dos fieles guitarristas de serenatas. Estaban amanecidos.

—¡Compadre! ¡Compadre Migue! ¡Abra compadre! — grita el Mono Jacob—. Vamos, acompáñanos a visitar al compadre Damián, que nos tiene una chicharronada de desayuno.

Zoila Atencio le dice a su marido:

—Ve, Miguel, ábrele al Mono Jacob antes de que tumbe la puerta. Tú lo conoces, presiento que no voy a contar contigo en el día de hoy.

Miguel María destranca la puerta y al verlo en el estado en que se encuentra, le dice:

—¡Pero Mono! Cómo así que te acompañe con esa pea que tienes. Y ustedes —dirigiéndose a sus compañeros de farra—, están que se duermen, más bien se toman un café y se van para sus respectivas casas, miren que en la región están sucediendo cosas extrañas, además, ayer me enteré de que don Damián se fue buscando tierra alta como las tangas, debido a que por aquí ya no hay seguridad.

—No le pares bolas a esos cuentos, compa. Pero está bien, trae unos taburetes y nos sentamos aquí bajo el

almendro para terminar esta botella de ron blanco. Y la comadre Zoila, por favor, que nos prepare café.

Una vez acomodados en sus taburetes, el Mono Jacob, después de escanciarse un largo trago de ron a pico de botella, se le da por lanzar a todo pulmón el grito: ¡Viva el partido Liberal!

Tres casas adelante, un uniformado policía —que en la época era llamada chulavita—, como si le hubiese picado un alacrán, se eriza, toma su fusil y apuntándole al Mono Jacob le encaja un tiro en el pecho.

A esa hora de la mañana de un domingo, cuando la pereza domina los sentidos de los habitantes de aquella vereda, la detonación perfora la placidez del momento, un silencio cortante atraviesa las calles, y luego, la incertidumbre se adueña del pueblo.

Desconcertada, Zoila Atencio sale de la casa, observa la escena y sin perder el control arrastra el cuerpo del Mono Jacob a la sala de la vivienda y con sábanas trata de detener la hemorragia que se lleva la vida de su compadre. El esfuerzo es inútil, ante las miradas aterradas de sus cuatro pequeños hijos, su esposo y amigos de parrandas, Jacob muere ignorando qué diablos le ha pasado.

El asesino, sintiéndose protegido por el uniforme de agente del orden, se pavonea orondo por la calle principal del pueblo con su fusil al hombro. Se siente satisfecho de haber cumplido con su deber. Su cerebro no deja de repetirle, tal y como se lo inculcaron en el curso al que asistió en la capital de la República, que los liberales son

ateos, masones, comunistas, adoradores del demonio y enemigos de la familia y del Estado, y que, por eso mismo, deben ser eliminados.

Zoila, con lágrimas en los ojos, abrazando a sus hijitos y con la serenidad propia de quien solo guarda paz en su corazón le dice a Miguel María:

—Se da cuenta, mijo, hasta dónde ha llegado esa polarización dañina que desde los tiempos de la Patria Boba ha venido minando la conciencia de nuestros pueblos, con un fanatismo enfermizo, defendiendo ideologías, religiones o partidos heredados de los padres y abuelos, como si fuera algo obligatorio de ostentar, ignorando sus fundamentos, en lugar de seguir los dictados del corazón. Mira qué desgracia nos ha traído ese ¡viva! en un país que no está para cucharas. Los de abajo matándose entre ellos y los que están en la cúspide repartiéndose el país en banquetes y clubes sociales.

Con un llanto tibio quemándole la garganta y una rabia contenida, Zoila remata sus reflexiones diciendo:

—Ya verás las consecuencias que este suceso trágico traerá para los habitantes de la región.

En efecto, Zoila no se equivoca. Poco a poco los pobladores de San Andrés del Río van acercándose al epicentro de la tragedia y en tanto se enteran de los pormenores de aquel asesinato al que no le hallan justificación alguna, en la mente de los jóvenes que viven la edad de querer arreglar el mundo y luchar por las causas justa se va

encubando la decisión de internarse en el monte y engrosar las filas de los nacientes grupos que defienden, desde la clandestinidad, el derecho a vivir y expresar sus ideas en un país con dificultades para encontrar el camino hacia la modernidad.

Monstruos para la violencia

Durante las vacaciones intermedias del segundo año de bachillerato, que cursaba en el Liceo de Bolívar de Cartagena, año 1963, tuve la oportunidad de pasar unos días en la finca de Joselito Villar Padilla, pariente lejano de mi papá, la cual estaba localizada en la vereda El Clavo, perteneciente, en ese entonces, al corregimiento de Canalete, municipio de Montería.

Fueron ocho horas de viaje por una carretera destapada desde Montería hasta Canalete y de allí, hasta la finca, por una servidumbre en la que era necesario ir abriendo y cerrando puertas de las haciendas y de las propiedades que íbamos atravesando.

Algunas eran potreros extensos, llenos de ganado de la raza cebú y otras estaban ocupadas por bosques exuberantes, explotados por cuadrillas de madereros que trataban de colonizar nuevas tierras para la agricultura y la ganadería naciente en la región norte del departamento de Córdoba.

La Ponderosa, como se llamaba la finca del señor Joselito Villar, ocupaba un lugar estratégico que comunicaba a Córdoba con el Urabá antioqueño. La finca era un paraíso con diversidad de hortalizas, cría de animales

y procesamiento de productos con los que, además de sustentar a la familia conformada por once bocas y los allegados del momento, generaba recursos económicos para el sostenimiento del inmueble y demás necesidades de la familia.

Allí supe que la finca de treinta hectáreas fue parte de unas tierras que sus padres colonizaron en esa zona y las cuales dejaron como herencia a sus cuatro hijos.

Para mí fue una experiencia estimulante el haber estado en contacto con la naturaleza en todo su esplendor, donde la comida de todos los géneros y gustos se daba en abundancia, pero, sobre todo, porque recibí del señor Joselito Villar una de mis primeras enseñanzas sobre cómo debemos comportarnos ante las adversidades y asumir con sencillez y humildad los retos que la vida nos plantea.

En una ocasión me contó que aquella herencia, regalo de Dios, era suficiente para levantar a su familia; que ser rico y amasar fortuna no estaba entre sus prioridades, le bastaba con ser feliz viviendo en armonía con las demás personas y con la naturaleza que le suplía todas sus necesidades. “Debemos aprender a vivir con lo que tenemos y no con lo que nos falta”, fue su consejo al final de aquella conversación.

Once años después de esa experiencia vacacional, recién graduado como ingeniero agrónomo de la Universidad de Córdoba, me encontré en Montería con Zenón Villar, el hijo menor de Joselito, y al preguntarle por su familia

me llené de aflicción al enterarme de la tragedia que esta había vivido cinco años atrás.

Su hermano mayor, José Luis, fue secuestrado y desaparecido por un grupo armado que emergió en la región; su padre, al enterarse de tal hecho, murió de un infarto cardiaco; al año siguiente, mataron a su hermano Manuel David por estar investigando donde no debía; su madre, su hermana Luisa, con su esposo e hijos, y él tuvieron que venirse a vivir a Montería después de malvender la finca ante los hostigamientos a que fueron sometidos por una insurgencia que pretendía establecer sus propias leyes ante la ausencia del Estado.

Después de ofrecerme más detalles de los aciagos sucesos vividos y despedirnos, me quedé cavilando: la ruptura de la estructura social en el campo no hará más que incubar monstruos para la violencia. ¡Dios santo! ¿Cuántos aún deberán inmolar sus vidas para que cese esta rebelión que nos separa?

Tiempo después, supe que Zenón, quien había caído en el alcoholismo, fue asesinado en el Mercadito del sur de Montería, por un delincuente con quien había tenido un altercado. Pareciera que el destino se hubiese ensañado con ellos. Las consecuencias del plagio de José Luis se prolongaron en el tiempo, posiblemente, debido a que el rencor y el odio debieron alimentar las vidas de los demás miembros de la familia. No supieron cómo superar el dolor y cerrar las ventanas del pasado.

Carnes de cañón

Hará más de treinta años conocí a un señor de nombre Arístides, quien ya anciano seguía atendiendo una tienda en un cruce de caminos que comunicaba varias poblaciones de la región de La Mojana. Fue una mañana, cuando en compañía de un colega que ofrecía sus servicios profesionales a cultivadores de arroz en la región, decidimos detener la camioneta en la que viajábamos frente a su local, para tomarnos unos refrescos y descansar un rato de la escabrosa vía.

Mientras lo hacíamos, entablé un diálogo con Arístides a propósito de la violencia que azotaba la región. Lo recuerdo porque al preguntarle si la violencia siempre había estado presente en la vida de estas poblaciones, me dio una respuesta que yo relacioné con algo que leí en un libro de historia romana antigua.

El señor Arístides, con una voz cansina me contestó así:

—¡Ay amigo mío! Aquí donde me ves, en mis ochenta años que llevo viviendo en este caserío, al pie de la serranía de San Lucas, he sido testigo de cómo, cada cierto tiempo, pasa la misma gente pobre reclutada por los bandos en contienda, para que defiendan a muerte causas que ni ellos mismos entienden.

Fue entonces que me vino a la cabeza aquella lectura de historia antigua y sin percatarme de la presencia de otras personas le dije:

—Para su información, señor Arístides, fue el romano Cayo Mario, en el año 74 antes de Cristo, quien tuvo la brillante idea de incluir a los pobres en las fuerzas armadas y, con ellas, los gobernantes antiguos lograban incorporar nuevas tierras a sus imperios, esclavizar los pueblos invadidos, imponer sus culturas y reclutar más pobres para sus ejércitos invasores. Siempre ha sido lo mismo, sea cual sea la guerra que los hombres se inventan, allí van los pobres como carne de cañón, pues la ignorancia en la que los mantienen los convierte en marionetas de quienes los dirigen y gobiernan.

—¡Carajo amigo! Cipote herencia las que nos dejó ese tal Cayo Mario.

Luego, en voz baja me dijo:

—No es bueno seguir hablando del tema, porque aquí las paredes tienen oídos, de modo que sigan su camino sin hacer más comentarios al respecto —y, alzando la voz, se despidió—: ¡Que tengan buen viaje amigos y disfruten el paisaje!

Los consejos de mi abuelo

En la postrimería de su muerte, casi a punto de cumplir 101 años, mi abuelo Benjamín, con una voz apagada, me dijo en su lecho de enfermo:

—Mijo, ya pronto voy a partir de este mundo, descansaré por fin, no sufriré ni seré más testigo de esa violencia fratricida que generó el sectarismo político y que ha destruido la sana convivencia y armonía que se vivía

en todos estos pueblos del Sinú. ¡Ay, mijo! Qué mundo el que te espera. Unos dirigentes incapaces de visionar que la paz es el camino, aunque existan diferencias entre los seres humanos. Qué tontería matarse por colores políticos sobre los cuales muchos no saben qué objetivos persiguen.

—Ya, abuelo, no sigas hablando de esas cosas, mira que eso te perjudica y...

—No te preocupes, mijo, a estas alturas, ya nada me afecta.

Luego de unos minutos en silencio retomó:

—Espero que no eches en saco roto mis consejos: el que siembra, cosecha. Todo mal que le haga a otro trae sus consecuencias, para ti o para tu familia. Sé prudente y no juzgues a nadie. Comparte lo que tengas para ser feliz. No olvides que nacemos desnudos y desnudos morimos. Aprovecha tu tiempo en la tierra, trabajando para hacer un mundo mejor. Recuerda que todo esplendor se desmorona.

El abuelo volvió a quedar en silencio, jadeaba. Yo sentía un nudo en la garganta, sabía que estaba agonizando, de pronto abrió los ojos y con palabras entrecortadas, dijo:

—Ya sabes, sigue mis consejos y cuídate de las tentaciones, de las concupiscencias, y no te olvides del poema que te enseñé —y enseguida su voz es de súplica—: por favor, compláceme y recítalo, quiero escucharlo otra vez.

Dominando mi estado de aflicción y tratando de que no se me quebrara la voz, comencé a recitar los versos de un poema que desde los trece años me había enseñado y que me gustaba repetir cada vez que me preguntaban a qué partido político pertenecía.

Mientras el mundo esté loco
nadie me puede obligar
a que sea liberal
ni conservador tampoco.
Siendo la persona pobre
no debe tener partido
porque se hallará perdido
y tendrá penas muy dobles.

Para el gobierno servir
no necesita matarse
ni tampoco mal quitarse
para bien poder vivir.
Si muchos quieren lucir
sabiendo que ha de acabar
este mundo y su alboroto
nadie me puede obligar
a que sea liberal
ni conservador, tampoco.
Cuando me hablan de guerra
me pongo a considerar
que aquel que sale a pelear
no sabe si....

No pude continuar; mi abuelo exhalaba su último suspiro. Con mis ojos nublados por las lágrimas, prometí

ante su cuerpo inerte seguir sus enseñanzas. Sus conocimientos de la botánica medicinal, que puso al servicio de la comunidad monteriana durante más de cincuenta años, influyeron para que yo me decidiera a estudiar Ingeniería Agronómica.

Además de sus incontables relatos sobre cómo él aprendió de las diversas etnias indígenas de Colombia las fórmulas sobre plantas que curan y plantas que matan, también me explicó cómo la sugestión es el camino en la práctica de hechicería. Pero lo que más recuerdo de él fue ese desprendimiento o filantropía con la que atendía al que solicitaba sus servicios como hierbatero y componedor de huesos dislocados. Él, en medio de esa guerra entre liberales y conservadores, siempre se mantuvo incólume, pues su virtud fue: vivir para servir.

La ruptura en el campo

Leovigildo Vargas, cansado del litigio que llevaba más de veinte años por unas tierras que con tres hermanos habían colonizado en los años cuarenta en el norte de Urabá, aceptó que el notario solo le escriturara diez hectáreas de las sesenta que tenía en pleito. A sus dos hermanos los habían asesinado, de modo que, al no tener dónde caerse muerto, consideró que era mejor un buen arreglo que perder la vida. Al menos, podía dejarles a sus hijos un lugar para construir un rancho en el futuro.

Tiempo después de levantar su rancho y establecer sus parcelas de pancoger y de pasto para las tres vacas lecheras, tuvo que entablar una querrela contra su vecino, el autor del despojo de las otras cincuenta hectáreas,

debido a la construcción de un terraplén que desviaba una quebrada que cruzaba su terruño. Sin duda, quería obligarlo a que le vendiera su predio, pues ya le había hecho varias propuestas que él rechazó con vehemencia.

Al ver que su reclamo no prosperaba en la inspección donde instauró la querrela, procedió con sus hijos mayores a restaurar el cauce de la quebrada. Con picos y palas destruyeron el terraplén. Dos días después, Leovigildo y sus hijos fueron citados a la inspección del pueblo de La Gloria a responder por la acusación que don Marcos, el vecino, le instaurara por la destrucción de una obra de irrigación en un bien ajeno.

El inspector, después de escuchar los argumentos de defensa que Leovigildo y sus hijos alegaron para cometer la acción, le dijo, con una sonrisa socarrona:

—Mira, Leovigildo, tú estás peleando con alguien que tiene mucho poder en la región; esa es una pelea de tigre con burro amarrado. Déjate de tantas tonterías y véndele tus tierras a don Marcos y te vas con tu familia a vivir al pueblo, evita que te aplique el código Hammurabi.

—¿Código Hammurabi? ¿Y qué código es ese? —preguntó intrigado Leovigildo.

El inspector se rio y dirigiéndose a un abogado asistente que lo acompañaba en la oficina, indicó:

—Julián, por favor, explícales a estos señores en qué consiste el código Hammurabi.

Julián, con una pose de sapiencia, se dirigió a los querellantes en estos términos:

—El código Hammurabi es uno de los conjuntos de leyes más antiguos que existen en el mundo. Fue creado por el rey de Babilonia, Hammurabi, en el año 1750 antes de Cristo, y se le conoce como la Ley del Talión, que es lo mismo decir “ojo por ojo”. En los apartes de dicho código se estableció que “quien cause daño a las propiedades o físicamente a un rico será castigado hasta con la muerte y el que lo hiciera con un pobre solo debe pagar una multa”.

—En otras palabras, mi querido Leovigildo —remató el inspector—, tú llevas las de perder, así que les recomiendo reconstruyan el terraplén en la propiedad de don Marcos y acepten la oferta de compra que les hace por su pequeña finca.

Leovigildo, con unas ganas de escupirle el rostro al inspector, se levantó de su silla sin decir nada, tomó de los brazos a sus dos hijos y se retiró de la oficina. No podía digerir cómo el inspector, con quien jugó de niño, de padres pobres colonizadores como lo suyos, hubiese caído tan bajo, asumiendo una conducta abyecta, y que se prestara a aplicar una justicia sesgada a favor de la clase dominante. Así, ¿cuándo carajo habrá paz en estas tierras?, comentó entre dientes.

En el camino hacia su finca, los hijos le dijeron a Leovigildo:

—Padre, ya comprobaste por ti mismo que es cierto lo que se rumora en la región: los campesinos y pequeños proletarios no tienen cabida en los planes de hacer de toda esta región un emporio bananero. Y por lo mismo es que nosotros hemos decidido tomar las riendas de nuestras propias vidas, padre, nos vamos de la casa a luchar por nuestros ideales.

Aunque no fueron muy explícitos sobre sus propósitos, Leovigildo, que sospechaba de sus intenciones, los abrazó, y con un amargo sabor en la boca les dijo:

—Hijos, ya ustedes tienen alas para volar, pero háganlo como las águilas. Vuelen bien alto —la voz se le quebró— y que mi Dios los bendiga.

Tiempos difíciles

Un mal presentimiento comenzó a anidar en la mente de Emeterio —el más anciano del pueblo— al ver que la plaza principal de Acacias fuera ocupada de manera intempestiva, por un grupo de barbudos desgredados, armados con fusiles y cananas terciadas en los hombros.

Luego, uno de ellos, que parecía ser el líder, encaramado en una banca, se desgañitó durante quince minutos, con un discurso lleno de arengas revolucionarias que la mayoría de los transeúntes y ocupantes del parque no lograron entender, porque, al estar más pendientes a las armas que exhibían los guerrilleros, no le pararon bolas al discurso de aquel personaje extraño.

Seguidamente, así como llegaron, desaparecieron raudamente en dos camionetas que dejaron una estela de polvo por la calle principal del pueblo. Una ola de pesadumbre envolvió a la concurrencia del parque; desde los tiempos de Sangrenegra, el bandolero que azotó la región, no había sucedido nada similar que los preocupara.

Sentado en una de las bancas del parque, Emeterio les dice a sus contertulios de la tarde:

—Amigos, nos esperan tiempos difíciles en Acacias.

—¿Y por qué? —pregunta uno de sus compañeros.

—Cuando los gobernantes solo se acuerdan de la existencia de estos pueblos perdidos, alejados de los grandes centros urbanos, en épocas electorales, siempre se correrá el riesgo de que aparezcan personajes visionarios, dispuestos a fundar Estados independientes. Ya lo verán, amigos míos, ya lo verán.

El florisanto

—¿Por qué le ponen velas al florisanto que está a la entrada de la población de Canalete? —le pregunté a tío Julián tan pronto tuve la oportunidad de hacerlo, pues me llamaba la atención la romería de gente a su alrededor, como si estuvieran venerándolo.

Al árbol, de unos veinte metros de altura, con un tallo de ochenta centímetros de grosor, le habían construido un anillo de concreto de unos treinta centímetros de ancho y 1.5 metros de altura, el cual, se le veía cubierto

de parafina derretida, producto de las tantas velas colocadas por los numerosos devotos que le visitaban con frecuencia.

Tío Julián me explicó de una manera poética.

—Lo que ocurre es que en sus ramas están tejidas las historias de muchos de los tantos muertos que durante la violencia partidista azotara la región en los años cincuenta y en él, según cuentan las leyendas que circulan en el pueblo, cada cierto tiempo en las noches de tormentas, aparecen danzando con el viento las ánimas en pena de los que en él ahorcaron. Desde entonces la base del florisanto es un altar en el que los familiares de las víctimas que ofrendaron sus vidas en tan aciaga época les rinden homenaje.

—Supongo, tío —dije con cierta ironía—, que esa costumbre durará hasta que se muera el último familiar de aquellos que fueron colgados en sus ramas.

—Es posible —contestó mi tío—, pero mientras la conciencia colectiva guarde en su memoria estos relatos la gente seguirá con este ritual para que las nuevas generaciones no lo olviden y nunca más se vuelvan a cometer en Canalete atrocidades como las que guarda en su savia ese florisanto.

—¿Y si a algún alcalde se le antoja talar el árbol? —pregunté, solo por curiosidad.

—No creo que eso suceda, en la mayoría de los pueblos siempre existen árboles emblemáticos, ya sea porque inducen a la meditación, producen sentimientos de

aflicción, solidaridad o de veneración por las historias que encierra su presencia.

—Entonces, este florisanto es uno de ellos. Ojalá las nuevas generaciones lo conserven para siempre —concluí yo aquella conversación.

Confidencia

Galerazamba, nombre que se originó del cacique Zamba, que dominaba la región en la época colonial, y de Galera, quien fuera su mujer, es un corregimiento del municipio de Santa Catalina, departamento de Bolívar, que tiene como atractivo turístico, además del mar y sus salinas, una especial condición natural: la de ser un rincón mágico, donde el silencio, al recrearse con la brisa marina, produce un efecto relajante en los espíritus de sus habitantes y de los turistas que lo visitan.

Allí, durante un fin de semana que pasé con unos amigos, año 1967, tuve la oportunidad de conversar con un personaje ya entrado en años, quien, por su carácter apacible, servicial y caritativo, se había ganado el aprecio de sus moradores desde que arribara, diez años atrás, a Galerazamba buscando un lugar tranquilo para sentar cabeza.

Federico, tal era su nombre de pila, en tanto no estuviese ocupado atendiendo su pequeño hostel localizado en el extremo norte de la población y en el cual me había hospedado, se dedicaba a su pasatiempo favorito: la lectura. Y fue por esta afición que entablamos una tertulia amena sobre literatura y poesía.

Mientras yo leía, sentado en la salita de espera del hostel, el libro *El Proceso de Núremberg*, observé que parado en el mostrador Federico leía *Treblinka*. Curioso por la coincidencia sobre el tema que trataban ambas obras, me acerqué a comentarle que estábamos leyendo sucesos de la segunda guerra mundial. De inmediato surgió una relación de empatía e iniciamos una conversación alrededor de los libros leídos sobre el tema: *Crónica del Gueto de Varsovia* de Emanuel Ringelblum; *Éxodo*, de Leon Uris; el *Diario* de Ana Frank; Auschwitz fueron, entre otras, obras que comentamos y analizamos de una manera amena y fraternal.

Con unas copas de vino como aperitivo, fuimos entrando en confianza y al tratar el tema de la violencia en Colombia y de los fracasados intentos para lograr la paz, me dijo de una manera confidencial:

—Amigo mío, para tu información, y este es un secreto que llevo guardado, te cuento que en mi juventud hice parte de la guerrilla liberal que comandaba el llanero Guadalupe Salcedo, hasta que en el año 1953 nos desmovilizamos, entregamos las armas y firmamos una paz que fue efímera. Resultó que las promesas de reincorporación a la sociedad y la adjudicación de tierras para trabajarlas ofrecidas dentro del marco de negociación fueron incumplidas. Ese tal proceso no fue más que una vil burla a nuestras expectativas de tener un pedazo de tierra donde pudiésemos sembrar nuestras esperanzas. Por el contrario, a Guadalupe y a muchos de mis compañeros los fueron asesinando de manera selectiva.

—Ahora entiendo tu escepticismo y los prejuicios que tienes al hablar de paz, pero dime ¿cómo has logrado, entonces, sobrevivir todo este tiempo impasible ante una violencia que nos atropella cada día en Colombia?

—A ver, amigo, qué te digo, por la experiencia vivida decidí mantenerme de bajo perfil, viajé por todos lados conduciendo una tractomula y en mis relaciones con toda clase de gente he podido comprobar que la máxima de Maquiavelo “el fin justifica los medios” gobierna la conducta de los seres humanos. Quienes ostentan el poder hablan de prosperidad, pero bajo una soterrada esclavitud; dicen amar la libertad, pero la controlan con una supuesta seguridad. En fin, somos marionetas de un establecimiento que corrompe y responde según le convenga sin importarles si hacen bien o mal.

Cansado de estar en movimiento permanente, aquí, allá, y sin estabilidad alguna, decidí buscar un lugar donde vivir en paz, y fue en este paraíso perdido a la orilla del mar Caribe que lo encontré. Después de abandonar las armas me volví un autodidacta y comprendí que la paz tiene que empezar con uno mismo. La lectura de libros sobre superación personal y sobre las experiencias de sobrevivientes de las diversas guerras que la humanidad ha tenido en esta llamada edad contemporánea me fue dando la sabiduría de conocerme a mí mismo para poder entender a los demás. Desde mi formación humanística, lograda con los tantos libros leídos, puedo hacer mucho más por mis coterráneos. Utilizando solo la palabra como arma se pueden lograr cambios substanciales sobre cómo debemos relacionarnos con los demás y con la naturaleza.

Esa noche, luego de otro confidencial que me tiró, que no es preciso mencionar, me retiré a dormir a la pequeña habitación de su hostel, bastante reconfortado en mi espíritu. Federico, otro adulto mayor con quien tenía la facilidad de conversar, me había dado otra lección de vida.

Do Wabura – Adiós al Río Sinú

En memoria de Luis Carlos Racini Rueda

Tan pronto llegó al cabildo, Luis Carlos Racini, al tratar de saludar a los niños que corrían hacia él para recibir los presentes que acostumbraba llevarles cada vez que aparecía por el resguardo, el cacique Prioló le hizo señas para que callara y se acercara a él. Al llegar a su lado, le habló quedamente: “El jaibaná está en este momento en trance, allí dentro de ese bohío. Está consultando con nuestro dios Karagabí, hay que evitar cualquier perturbación que afecte su concentración”.

Luego lo tomó del brazo y llevándolo a su bohío, le comentó: “Amigo, estamos preocupados viendo cómo los tentáculos de la ambición de los Kapunías están tratando de despojarnos de nuestras tierras; utilizando toda clase de estratagemas, quieren que aceptemos sus conductas ilegales, como algo normal. No ven que con tales proceder es están resquebrajando nuestros valores éticos, culturales y el modo de relacionarnos con la madre tierra. ¡Imagínate! quieren que sembremos coca y opio con fines comerciales y...”.

El jaibaná interrumpe la conversa y con rostro atribulado les informa: “El gran espíritu de Karagabí ha hablado. Debemos prepararnos para soportar tiempos de graves calamidades que azotarán nuestro territorio ancestral. Los Kapunías están gestando interrumpir con la construcción de un muro el diálogo del río Sinú con sus sagrados bosques, sus humedales, sus animales, sus peces y con las comunidades indígenas que habitan sus valles, diques y terrazas. Nuestras tierras serán escenarios de una guerra entre seres sanguinarios que sentirán placer de quitar la vida a los que se opongan a sus proyectos solo con el fin de dominar y sembrar el terror en la región. Se degradará la oferta ambiental de la naturaleza y el hambre hará estragos en nuestras poblaciones.

Esta conversación, que tuvo con ocasión de una visita al resguardo embera katío de río Verde en el año 1985, fue definitiva para que el ingeniero agrónomo Luis Carlos Racini Rueda, profesor de la cátedra de Recursos Naturales del programa de Ingeniería Agronómica de la Universidad de Córdoba, asumiera como suya la lucha por la supervivencia de los indígenas del Alto Sinú y por la conservación de los ecosistemas del Cerro de Murrucucú y del Parque Nacional Paramillo.

Luis Carlos, quien se había especializado en el manejo de aguas, suelos y bosques en la Universidad Nacional, fue un asiduo visitante del alto Sinú durante más de veinte años. Hacer parte de equipos de investigadores ecólogos, antropólogos y sociólogos de la Universidad de Córdoba y de otras universidades nacionales e internacionales que lo invitaban como agregado, y sus frecuentes

prácticas de campo con los estudiantes de su cátedra le permitieron tener un profundo conocimiento sobre la complejidad estructural y funcional de las cuencas de los ríos Sinú y San Jorge; así mismo, podía vislumbrar las graves perturbaciones ambientales y sociales que las actividades antrópicas causaban en dichas cuencas, pero, especialmente, desarrolló un amor reverencial hacia todo lo que fuera naturaleza. Temática que era eje central de nuestras tertulias dentro y fuera de la Facultad de Ingeniería Agronómica, a la que le entregamos todo nuestro tiempo como docentes investigadores.

Con su cámara, Luis Carlos, un verdadero amante de la fotografía, dejó con su familia, amigos y en la Universidad, un enorme registro de paisajes, estampas y momentos sublimes que viviera durante su trasegar por este mundo. Sobre esta particular actividad, que compartía con sus compañeros de la facultad, le compuse en el año 1993 el poema Estampas que dice así:

Esas profundas arrugas
de la anciana india
con su leña a cuestras.
La paciencia alegre
del negrito en burro
transportando agua.

La casita encaramada
entre flores y cascada.
El villorrio escondido
entre nubes y montañas.
Los techos de palma
flotando en la creciente.

Los despeñaderos del perfil del río
son estampas que su lente
le fue robando a los paisajes
para restregárselo en los ojos
a quienes han perdido
la capacidad de asombro.

Nadie como él
para detener en la claridad
del tiempo y la distancia
lo mucho que nos queda
aún por aprender.

Por ese amor respetuoso que Luis Carlos profesaba por la naturaleza generosa que ofrecía el Nudo del Paramillo, fue que los embera katíos lo invitaron para que los acompañara en la “toma del río”, una protesta ceremonial con balsas equipadas con toda la logística del caso, a la que denominaron en su lengua: Do Wabura, “Adiós río”. Con esta ceremonia llamarían la atención a las autoridades civiles y a los políticos de la región y del país sobre lo que ellos llamaban “la maldición del río Sinú”.

En esta travesía que hicieron 664 indígenas, entre hombres, mujeres, jóvenes, niños, incluyendo bebés lactantes, distribuidos en 42 balsas y dirigidos por Simón Domicó, el cacique mayor de los tres ríos Esmeralda, Verde y el Sinú, y que partió en noviembre 5 de 1994 cerca de la desembocadura del río Verde, se contó con el apoyo de los docentes de la Universidad de Córdoba Alberto Alzate Patiño, Francisco Aguilar Madera y Misael

Díaz Urzola, quienes, junto con Luis Carlos Racini, colaboraron en la organización de los recibimientos, pernoctadas y demás tareas necesarias en cada una de las estaciones programadas para el anclaje de las balsas y permanencia en tierra de los participantes indígenas e invitados especiales.

Uno de los sitios donde pernoctó la expedición fue en la sede de la Universidad de Córdoba. Allí, además del recibimiento apoteósico que les brindó la comunidad universitaria, se realizaron las protestas y denuncias sobre los impactos ambientales que traería la construcción de la represa Urrá y se presentaron actos culturales típicos de los embera katíos.

Esta expedición ceremonial de despedir al río que tantos bienes y servicios les dio por siglos y siglos a los indígenas de estas comunidades estuvo acompañada durante todo su recorrido por una música melancólica de flautas y tambores, pues ellos vislumbraban que después de la construcción del muro, su amado río Sinú ya no sería el mismo.

Durante los siguientes años, Luis Carlos Racini confirmó que las visiones del jaibaná veinte años atrás, con ocasión de la visita que hiciera al cacique Prioló, se habían cumplido a cabalidad. Y entre las tantas calamidades sufridas por los indígenas y el deterioro de sus sagradas y ancestrales tierras cayeron asesinados muchos defensores de su lucha, entre ellos, los compañeros de la universidad: Francisco Aguilar Madera en enero de 1995, Alberto Alzate Patiño en 1996 y Misael Díaz Urzola en mayo de 1998. Él, al saber que también era objetivo

militar, se vio obligado a vivir en la clandestinidad durante los años 1997 y 1998.

Para Luis Carlos no fue fácil vivir alejado de su familia y de la docencia que tanto amaba. Por los sentimientos encontrados al ver cómo su río, el Sinú, se moría lentamente para desgracia de las generaciones futuras se le fue agravando un cáncer pulmonar que finalmente se lo llevó a la tumba el 15 de junio de 2002. Como un homenaje a su memoria le compuse este poema:

Estado de vigilia

Jamás tu vida fue ajena
a las desgracias de tu pueblo.
Aquí, allá y en muchas partes
en los hábitats que amaste
descubriste con asombro
los dolores del agua,
del suelo, de las aves
del campesino descalzo
y del pobre diablo
que se atrevía a luchar
por un pedazo de tierra.

El silencio fue tu cómplice.
Lo que tenías que decir
lo atrapabas con tu cámara.
Pero el destino quiso
que descansaras
de ese estado de vigilia
de tenerle miedo al miedo
y navegaras por las tierras siderales
donde por fin, ya eres libre.

Objetivo militar

Una noche del mes de septiembre de 1989, llegó a mi casa mi compadre Alejandro Gómez Peralta, médico amigo, confidente y melómano, con quien disfrutaba los sábados por las noches fantásticas veladas musicales en las que él era el *disc jockey*. No aceptaba que nadie tocara su colección de LP que conservaba celosamente en su discoteca.

Esa noche, a diferencia de otras visitas, noté, por el rodeo que daba para iniciar la conversación, que algo le preocupaba. Por fin, decidido, comenzó un interrogatorio que prendió mis alarmas.

Que quién era Gustavo Ballesteros, que qué era Cebemo, que de dónde provenía su financiación, que a qué se dedicaba.

Ante tales preguntas inusuales y conociendo la situación crítica que vivíamos para esas fechas al interior de la Universidad, con el rector Gustavo Rodríguez Argel y el decano Gustavo Ballesteros Patrón en la clandestinidad por las amenazas que recibieron de grupos al margen de la ley, me vi obligado a contrainterrogarlo: que me explicara el porqué de esas preguntas.

—Lo que pasa, Serafo, es que a mi casa llegaron unos elenos que conocí cuando estudiaba el bachillerato en el Liceo de Bolívar en Cartagena y quienes de vez en cuando aparecían con algunas dolencias o enfermedades por mi consultorio para que les prescribiera los medicamentos del caso. Ellos me informaron que habían recibido la

orden de hacerte inteligencia a ti y a otros dos docentes de tu facultad de nombres Jorge García Monte y Darío Alfaro Tamariz, dizque por ser los culpables de que Gustavo Ballesteros estuviera huyendo por amenazas a su vida por grupos paramilitares de la región. Pero al observar que tú y yo somos amigos, que compartimos con mucha frecuencia nuestra amistad, quisieron saber qué pensaba yo al respecto. ¿Que cuál era tu ideología política? Etcétera, etcétera.

Yo me mantuve en silencio. No me esperaba esa noticia.

Alejandro continuó:

—Yo les manifesté que estaban equivocados contigo, que no obstante compartir las mismas preocupaciones sobre las injusticias, la desigualdad y la inequidad que existían en las poblaciones urbanas y rurales del país, tú no eres partidario de ningún grupo político, pues consideras que para servir a los demás no se requiere pertenecer a corriente política alguna. Les manifesté que a lo mejor había un malentendido, les pedí el favor de que no atentaran contra tu vida y que me permitieran hablar contigo sobre el particular.

Después de ponerlo al tanto de las actividades académicas que se adelantaban con el convenio Cebemo y la universidad, a través de la decanatura de la facultad de Ciencias Agrícolas a cargo de Gustavo Ballesteros y de las amenazas contra él, le pregunté:

—¿Y qué pasará con mis compañeros docentes que también son objetivos militares?

—Pues, la verdad, no sé qué harán, pero con lo que me has contado espero hacerles recapacitar sobre la orden recibida. El problema es que no sé cuándo los volveré a ver. De todos modos, no digas nada y espera a ver qué puedo hacer y cuídate.

—No, Alejandro —le contesté de inmediato—, yo no voy a quedarme quieto, ¿qué tal si atentan contra mis compañeros?, ¿te imaginas el sentimiento de culpa que tendría por no informarles que yo estaba enterado? Mañana temprano los pongo al tanto y tomaremos las medidas cautelares del caso.

Esa noche no pude conciliar el sueño. Me preguntaba una y otra vez por qué nos estaban acusando sobre algo en lo que jamás tuvimos nada que ver. Nuestros debates al interior de la facultad, a pesar de las diferencias políticas e ideológicas que pudiésemos tener, siempre fueron con respeto y pensando en el progreso de la facultad. Este objetivo nos unía y, en tal sentido, manteníamos una amistad sincera y compartíamos motivos para celebrar fechas importantes de nuestras familias. Siempre pensando y debatiendo proyectos y reformas para lograr los objetivos misionales de la facultad.

En ese aspecto, Gustavo Ballesteros era un líder natural. Cuando regresó de hacer su maestría en Ciencias Agrícolas en la Universidad de Chapingo, México, fue designado por elección popular decano de nuestra facultad. Fue él quien, con el propósito de vincular el programa de Ingeniería Agronómica de la Universidad de Córdoba al desarrollo de la región, mediante programas de extensión agrícola, gestionó en 1989, ante

la Organización Católica Holandesa para la Financiación Conjunta de Programas para el Desarrollo (Cebemo), un convenio con la Universidad de Córdoba para que a través de la facultad se ofreciera capacitación, asistencia técnica y financiación de proyectos productivos a dos comunidades indígenas de la etnia embera katía asentadas en los municipios de San Andrés de Sotavento y en Tierralta.

Este programa tuvo el respaldo de todo el cuerpo docente, contó con el entusiasmo de los estudiantes y se inició con el establecimiento de parcelas productivas de maíz, arroz y frijoles en dichas comunidades, a las cuales se les entregaron las semillas e insumos respectivos; donde se instalaron viveros para producir plántulas para programas de reforestación y se estableció un cultivo comercial de sorgo en el corregimiento de Maquencal, de Tierralta. Con estos proyectos, la facultad contaba en zonas específicas del departamento con laboratorios de campo para realizar prácticas de las diferentes cátedras relacionadas con los sistemas productivos, como también la de extensión agrícola.

Este convenio se vino a menos cuando las autoridades del departamento, en respuesta al recrudecimiento del conflicto armado que azotaba la región, declararon objetivo militar a Gustavo Ballesteros, quien ante la inminencia de su asesinato tuvo que ocultarse en la clandestinidad.

Recordar todos estos hechos, en los que yo también participé con mis estudiantes de fitopatología en prácticas de campo, me produjo sentimientos encontrados, pues

jamás cuestioné a Gustavo, lo consideraba una persona especial, de una calidad humana excepcional, dedicado a la enseñanza a la investigación y a luchar por las causas justas.

Al día siguiente, tan pronto llegué a la universidad, localicé en sus respectivos cubículos a Jorge García Monte y a Darío Alfaro Tamariz, les conté la situación vivida con la visita de mi amigo Alejandro y de inmediato acordamos con el decano encargado, Maximiliano Espinosa, hacer una reunión urgente, la cual se realizó en el laboratorio de fitopatología. Allí, después de exponer la situación de riesgo para la vida de todos nosotros, se aprobó que una comisión de profesores se desplazara al lugar en donde se ocultaba Gustavo Ballesteros —según las sospechas que alguien tenía— y le informaran sobre la inteligencia que les estaban haciendo a sus compañeros de facultad.

El informe de la comisión, a su regreso, indicó que se trataba de un grupo disidente de los elenos que actuaba sin control. Se estableció que Gustavo iba a hacer los contactos pertinentes para evitar que atentaran contra nuestras vidas. A mí me envió una carta en la que me expresaba que nos despreocupáramos, porque él sabía que nosotros no teníamos nada que ver con su situación y, por el contrario, agradecía nuestra solidaridad.

De todas maneras, yo tomé todas las precauciones del caso y por cerca de tres meses estuve atento a los movimientos que se daban en mi calle y en el barrio donde siempre he residido. Sin embargo, ocurrió una situación que nos causó alarma a mí y a la familia. Una mañana, para ese mismo tiempo, mi señora encontró

una hoja de papel que habían deslizado por debajo de la puerta principal de la casa y que tenía un mensaje con letras recortadas de revistas que decía: “Tus días están contados, el fantasma”.

Mi señora, preocupada, al entregármelo me dijo:

—Mira lo que te han enviado.

Después de leer el panfleto observé un detalle. La hoja llevaba un membrete de Comfactor, con el nombre de un director que habían sustituido meses atrás. De modo que, además de informar a la directiva de la Asociación de Profesores Universitarios seccional Córdoba (Aspu), hice mis propias indagaciones. Me fui por la tarde de ese mismo día a Comfactor y le pregunté a una amiga y vecina de la calle que trabajaba allí como secretaria sobre el destino que les habían dado a las hojas con membretes del anterior director. Me informó que ella se las había llevado a su casa para que sus hijos hicieran tareas. Yo respiré profundo, ya más sosegado, saqué el panfleto y le conté mi situación, los riesgos que corría, la preocupación que ocasionó ese panfleto en mi familia y la denuncia que ya había instaurado en la Aspu.

La vecina, alarmada, llevándose la mano a la boca dijo:

—¡Ay, señor Serafín, ese panfleto lo hizo mi hijo! Allá, al frente de mi casa, donde los Negretes, también encontraron uno igual. Qué pena con usted, pero descuide que esa fue una broma de un niño de nueve años que no mide las consecuencias, ya le informaré a su papá para que lo reprenda.

Aclarada la situación, me olvidé de aquella broma, pero la experiencia vivida despertó en mí la necesidad de expresar mis sentimientos; fue entonces cuando me dediqué a la poesía. Y este fue mi primer poema.

Una verdad de a puño

—Aló, aló, coronel, llamo para informarle que ayer, como a las tres de la tarde, fue encontrado flotando en una laguna el cadáver del cacique Heriberto Madera, del resguardo Coropoya que queda en el municipio de Solano, Caquetá.

—¿Y cuál fue la causa de su muerte?

—En su cuerpo aparecen muchos orificios causados por balas.

—¿Se sabe quiénes lo asesinaron y los móviles del crimen?

—Por el momento no tenemos nada en concreto. Usted conoce que por estas regiones aisladas y de comunidades perdidas en la inmensidad de la Amazonia se mueven en la clandestinidad de sus fronteras muchos grupos de colonos, traficantes, guerrilleros y mafiosos que tienen sus propios códigos y...

—Pero al menos deben existir algunos indicios, pues usted también debe saber que cuando ocurre un asesinato en esa región sus autores están mandando un mensaje para amedrentar a sus familiares o a la comunidad a la

que pertenece la víctima. La ley del silencio es la que se impone en esas latitudes.

—Así es, mi coronel, sin embargo, los móviles pueden deducirse de unas palabras que el cacique del resguardo pronunció en una rueda de prensa que fuera programada por una comisión militar que visitó la maloca de ese grupo de huitotos, a propósito de unas denuncias que ellos hicieron al personero del municipio sobre las incursiones de gentes extrañas en su territorio. Le voy a reproducir el audio de esa rueda de prensa para que lo escuche.

—Ok, escucho.

“Mire, capitán, ese mal de la codicia que anida en los corazones de los hombres que viven en ciudades llegó como una epidemia a los pueblos que siempre han estado viviendo en armonía con los bosques y los ríos. Ellos le tejieron trochas a la selva, arrasaron grandes extensiones para sembrar la coca y marihuana y, con ellas, aparecieron ejércitos de espíritus débiles disfrazados de guerrilleros, narcotraficantes y paramilitares tratando de controlar un territorio que solo les ha pertenecido a las etnias indígenas. No entiendo por qué nos incluyen en una guerra de ambiciones que ha profanado el tesoro más valioso que el Estado colombiano ha abandonado a su suerte”.

—¿Qué le parece, mi coronel?

—Hombre, me parece que el cacique puso el dedo en la llaga. ¿Y tú qué piensas?

—Bueno, creo lo mismo que usted. Por favor, deme las instrucciones a seguir, pues los indígenas están organizándose para una minga y usted sabe que, en ellas, se cuelan indeseables y oportunistas que...

—Está bien, capitán, mándeme un informe completo y detallado de todos los antecedentes y pormenores del caso, yo me encargo de informar a mi superior.

—Ok, cambio y fuera.

El capitán cierra su equipo de comunicación y le comenta a su compañero de oficina: otro informe más que va a dormir en los anaqueles de la comandancia.

Sabía demasiado

—Óyeme, Mandinga, ¿ya investigaste en la internet quiénes fueron los personajes más sanguinarios de la historia? Ya sabes que yo quiero ser el primero. Me indigna que otros estén por encima de mí, así que desembucha, para mañana es tarde.

—Claro, Patrón. Ya le tengo el informe. Hice mis consultas en Google y de los diversos documentos que leí elaboré una lista que recoge desde la antigüedad hasta el presente a los personajes que se destacaron por ser los más sanguinarios y crueles. Ellos fueron...

—Espera un momento, dime qué diferencias hay entre sanguinario y cruel.

—Pues, Patrón, la verdad, yo no tengo ni idea, pero con seguridad el parcerero al que le dicen el Filósofo lo sabe, ya me encargo en hacerlo llegar.

Mandinga envía a uno de sus subalternos en busca del llamado Filósofo y tan pronto llega le dice:

—El Patrón quiere que le expliques qué diferencias hay entre sanguinario y cruel.

Alias Filósofo, desgarbado, de cabeza grande y pelo desgredado, se saca un palillo de la boca, mira al Patrón y con un timbre de voz similar al de un locutor, le dice:

—Patrón, la palabra sanguinario se deriva de sangre, luego entonces sanguinario es el individuo que siendo cruel le gusta herir o matar para ver, oler o beber la sangre. Son aquellos que usan para matar armas blancas: espadas, machetes, cuchillos, hachas. En general los sanguinarios son brutales y violentos. Para el cruel, en cambio, aunque puede llegar a ser sanguinario, el verdadero placer está en hacer sufrir o causar dolor de manera física, emocional o psicológica a una persona, incluso a una población, como sucede con las guerras o el terrorismo que hoy se practica en muchas sociedades del mundo. La crueldad la puede cometer una persona de cualquier edad y en contra de cualquier criatura. Por ejemplo, un niño puede ser cruel con un gato cuando de puro placer lo avienta desde el balcón de un edificio de doce pisos, o cuando despluma a una paloma viva. Igual, cuando un padre maltrata a un hijo con castigos físicos. En fin, sobre la crueldad hay mucho que decir desde la

filosofía y la psiquiatría. Patrón espero haberle sido útil, claro que...

—A ver, Filósofo —interrumpe el Patrón—, dime, según tus conocimientos, ¿qué soy yo para ti, para la gente: sanguinario o cruel?, ¿con qué otro epíteto me llaman?

—Bueno, Patrón, la verdad no sé qué decirle, porque usted asume conductas diferentes según las situaciones que viva en el momento.

—Déjate de tantos rodeos y ve al grano. ¡Dime la verdad!

—No se me enoje, Patrón —le dice el Filósofo algo nervioso—, lo que quiero decirle es que usted con los animales es tierno, la prueba está en que usted adora a sus caballos, a sus perros y gatos. Con sus enemigos es sanguinario, pero cuando autoriza que coloquen bombas en lugares públicos, usted está demostrando crueldad. De modo que...

—Suficiente. Mandinga, solo por curiosidad, léeme esa lista de los personajes más crueles de la historia.

—Aquí le va Patrón, ellos son Nerón, Calígula, el Conde Drácula, Tamerlan el Grande, Atila el Azote de Dios, Yang Guang el constructor de la muralla China, Gengins Kan, Iván el Terrible, Ranavalona I, Juan Sin Tierra, Tomás de Torquemada, María la Sangrienta, Francisco Pizarro, Leopoldo II de Bélgica, Josef Stalin, Adolf Hitler, Pol Pot, Mao Tse Tung, Idi Amin, Bokassa, Francisco Franco, Jorge Rafael Videla, Augusto Pinochet, entre otros.

—Supongo, Mandinga, que el récord de muertes en su haber debe estar entre los últimos de tu lista, por aquello de que las armas modernas son más mortíferas que las armas antiguas, aunque con las antiguas fueran más sanguinarios. ¿Estoy en lo cierto?

—Así es, Patrón, con las metralletas y las bombas se produce un mayor número de muertes.

—Entonces no hay más nada que hablar. Comencemos a colocar bombas por todas partes, hay que sembrar el terror y el miedo en las ciudades y poblaciones de este país para que sepan lo cruel que soy y se acuerden de mí.

Esa noche, el Filósofo fue colgado en una de las ramas de un árbol de campano con un letrero en el pecho que decía: Sabía demasiado.

La lista

Al parecer al azar fueron cayendo asesinados en sus propias casas, en las calles o en las zonas rurales de mi departamento todos aquellos que quisieron hacer caminos hacia otro país en el que imperara la justicia y la igualdad. Este fue el comentario que le hice a un periodista extranjero en una visita que hiciera a la ciudad de Montería.

—¿Podrías, por favor, recordar los nombres de quienes fueron objeto de exterminio por sus formas de pensar?
—me preguntó el amigo periodista.

—¿La verdad? Me es difícil registrar los nombres de todas aquellas personas que han caído por pensar diferente al establecimiento, pero en mi memoria sobreviven más de cincuenta entre compañeros de la Universidad de Córdoba, amigos, familiares y un grupo de conocidos dirigentes cívicos y sindicales de la ciudad.

—Pero al menos cítame los casos que más impactaron en la memoria colectiva de la comunidad universitaria y en la ciudad.

—Sobre el particular se ha escrito bastante: en la internet se pueden encontrar numerosos artículos periodísticos, en memorias relacionadas con víctimas del conflicto armado en el departamento, de la Universidad de Córdoba, y en denuncias e investigaciones exhaustivas de muchos de los asesinatos que ocurrieron entre 1980 y 2004, las cuales duermen en los anaqueles de juzgados y en oficinas de la Fiscalía General de la Nación, seccional Córdoba y en la capital de la República. Con la muerte violenta de esos tantos amigos que hoy son parte de mis recuerdos, de alguna manera, también se fue muriendo parte de mí. A todos esos amigos idos les compuse este poema:

Dolor por la vida arrebatada

In memoriam *de tantos amigos asesinados*

Otro de rabia contenida,
de ir muriendo un poco.
Con los amigos muertos.
A pleno sol o al abrigo del silencio.
Otro luto amortajando el corazón.
Haciendo vulnerable.
La verdad, la sonrisa,
el amor a la vida
y los sueños diseñados
para que el sol a todos nos alumbre.

Otro llanto tibio quemando la garganta
al saber que lamentarse
y escupirle el rostro a la muerte
nos acerca más a ella.

Otro sobresalto más
¡Por Dios! ¡Basta ya!
De arrebatarle vida.
A la vida misma.

—Excelente, pero insisto, méncioname a los más allegados a tu persona. ¿Qué pecados cometieron?

—En mi memoria sobreviven los profesores universitarios Julio Cuervo, Francisco Aguilar Madera, Alberto Alzate Patiño, Alfonso Cujavante, Misael Díaz Urzola, James Pérez Chimá y Hugo Iguarán Cote; los ingenieros agrónomos recién graduados de la Facultad de Ciencias Agrícolas Luis José Monsalve, John Peláez y Rogelio

Rodríguez, quienes trabajaban con el Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane), y Francisco Ayazo; a mi compadre Alejandro Gómez Peralta, a mis primos Norberto Anaya Acosta y Benjamín Velásquez Sánchez y a un grupo de conocidos dirigentes cívicos y sindicales de la ciudad. Y sus pecados, según los autores de una lista con nombres subrayados que circulaba entre “mercenarios clandestinos”, dizque porque escogieron el camino de la izquierda en un país que la derecha ha consagrado al Sagrado Corazón de Jesús, un hombre que precisamente pregonaba con sus palabras el amor, la caridad y la igualdad entre los seres humanos.

—¡Verdaderamente inverosímil! —comentó con asombro aquel corresponsal.

Truncaron los sueños de un poeta

En memoria de Alejandro Gómez Peralta

Intrigado, llegué a su casa a eso de las siete de la noche. Sin preámbulos le pregunté:

—Alejo, ¿qué está pasando? ¿Cuéntame por qué la misa de esta tarde fue ofrecida por tu eterno descanso? ¿Eso significa que tú estás amenazado? Dime la verdad.

Con una sonrisa enigmática, Alejo me respondió:

—Así es, Serafo. Desde hace más de seis días lo han venido haciendo por teléfono. Hace dos días Albani recibió un sufragio. Anoche un amigo me informó haberse enterado

de que yo era objetivo militar, dizque por auxiliador de la guerrilla.

—Pero, ¿acaso tú has tenido algo que ver con esa gente?

—Supongo que por haber atendido a dos pacientes enfermas con paludismo procedentes de Tierradentro donde la guerrilla tiene presencia. Ellas aparecieron asesinadas hace una semana por la vía del Porvenir, presumo que les encontraron las recetas donde les formulé el tratamiento y la recomendación de una incapacidad de treinta días. Pero vaya uno a saber qué piensan los paranoicos que ven sediciosos hasta en la sopa. Presiento que en cualquier momento una moto sin placa, una de las tantas que anidan en las entrañas de la “compañía” cabalgada por la muerte se llevará mis versos a la eternidad.

—Bueno, entonces, ¿por qué no te has ido de la ciudad? Vete para Cartagena o para Santa Marta donde tienes familiares.

—No, Serafo, yo no quiero caer en ese juego de estar huyendo como cualquier delincuente, tengo mi consciencia tranquila y si atentan contra mi integridad que sea lo que Dios quiera.

A pesar de mi insistencia, Alejandro se mantuvo firme en su posición, argumentándome, además, que tenía varios pacientes a quienes debía visitar en sus residencias y que por ética profesional no los iba a dejar abandonados. Preocupado, me despedí de Alejo, llevándome la impresión de que él estaba preparado para morir.

Tres días después de aquella conversación, a las dos de la tarde, un sicario con ruana tocó la puerta de su consultorio, al abrirla, creyendo que era un paciente, recibió dos balazos en el pecho. Herido, Alejo retrocedió corriendo por el pasillo de su casa, el sicario sin importarle la presencia de su esposa y de sus dos pequeños hijos siguió disparando.

Alejo llegó al patio, logró saltar la tapia, cayó ya sin fuerzas al patio trasero y pidió auxilio. Los vecinos, alarmados por los tiros y sus gritos, acudieron de inmediato y lo llevaron al hospital San Jerónimo que quedaba a pocas cuerdas de su vivienda. No obstante los esfuerzos de los médicos que lo atendieron con premura, no consiguieron detener la hemorragia interna causada por las balas. Una hora después, y consciente de su situación, Alejandro murió, en medio de la aflicción de sus colegas y las enfermeras del hospital.

La consternación en la ciudad de Montería fue grande. Habían matado a un hombre íntegro, humilde y servicial; pero sobre todo, truncan la carrera de un poeta, que en sus versos surrealistas sollozaba por las esperanzas arrasadas en esta tierra, donde el tiempo se encuentra divorciado del amor.

En memoria de Alejandro Gómez Peralta, de su libro póstumo *Cierza*, he aquí algunos versos sueltos de varios de sus poemas, que después de su cruento deceso vine a entender que eran premonitorios, pues en ellos preludia el acoso de la muerte:

Descubro los rostros de la sombra
en otras voces la historia
que asesina por momentos
las palabras perseguidas
por decir otra verdad.

.....

Sangra la paz por sus contornos
prisionera de muerte espera el turno.

.....

Hecho cadáver
hecho sombra.
Y navega boca abajo
disperso en la sangre
de los que no llegaron
el naufragio de las voces
se ahoga en sus orillas.

.....

Desocupo lo que habita en el cansancio
los temores que inundan, navego despacio.
Busco cielos en otras tierras sin extraños
donde muera con el sudor en alto.

.....

Sentado en mi memoria
llora la noche su agonía.
Por el tiempo insuficiente
el día palidece y se marchita.
Avergüenza el pensamiento por su asedio.
Estoy amenazado de vida
noche y día.
Me escondo en el viento.

.....
La calle más estrecha
hacía parte de mi cuerpo
de donde no puedo salir
porque estoy lleno de tardes
si siguen llegando tristes.

.....
La noche descose el descanso
El pañuelo desocupa el llanto.
El camino sus pisadas
Se ciegan las manos
La lectura termina su final.

.....
Mis manos se arrugan
buscando protección en el vacío
a mitad del encuentro
se acobarda el tiempo
de morir adelantado o deglutido
aullando en silencio
las ganas de vivir
hasta el borde del recuerdo.

La inocencia de unos ojos verdes

Después de dos años de formación en la escuela de mercenarios que el bajo mundo le financiara por los países africanos, Eleuterio, aún con su corazón lleno de odio y una sed de venganza contra los hermanos Buitrago —que asesinaron a su familia cuando él una un niño—, llega al pueblo de Armero donde veinte años atrás ocurriera aquella masacre que su memoria se resiste a olvidar.

Sube las escaleras del pequeño hotel que escogió para pasar la noche, cuando sin previo aviso un alud de lodo y piedra cambia abruptamente el escenario de aquel pueblo.

Con los primeros rayos del sol, Eleuterio comienza a descubrir un panorama desolador, en el que un montón de cuerpos grises cobraban movimientos, y expectantes quedaban asombrados ante la magnitud de la tragedia. Luego, el instinto de supervivencia hace presencia de distintas formas en las miles de víctimas que van surgiendo de aquel paisaje arrasado por la naturaleza.

En medio de aquel lodazal, Eleuterio, quien había salido ileso de aquella avalancha, alcanza a ver a una niña de escasos tres años cubierta de lodo, trepada en un tronco de árbol que flota a la deriva. Con las precauciones del caso, la rescata y la traslada a un lugar seguro, en espera de las brigadas de auxilio que, con seguridad, se estarían conformando en distintas poblaciones.

Eleuterio, con el corazón contrito, le pregunta a la niña por su nombre. Gimiendo y con una voz dulce le responde: Ana María Buitrago Doria.

Eleuterio se eriza, su sangre hierve por algunos minutos, y luego lo invade un sentimiento extraño. Presumiendo que la niña pudo haber perdido en el alud a toda su familia y cautivado por sus ojitos verdes, la abraza y le dice con cariño: “No te preocupes, Anita, yo te cuidaré de ahora en adelante”.

Las señales

Ese día, la luna se escabulló entre las nubes. Una sofocante quietud se apoderó de la noche y un silencio sobrenatural se aposentó en el poblado. Las madres, presintiendo que algo malo iba a pasar, mandaron a sus hijos a dormir temprano.

De pronto, se desgajó una tormenta y con ella llegaron los mensajeros de la muerte y sembraron el horror en los ojos de la gente del Playón.

Hoy, ese pueblo, albergue de fantasmas, es devorado por termitas que, en nombre de la memoria de sus desplazados, se ocupan en borrar cualquier vestigio de terror que el tiempo se resiste en sepultar. Desperdigados por distintas ciudades y pueblos del país, los repatriados del Playón prefirieron iniciar nuevos capítulos en sus vidas.

Sálvese quien pueda

Después de más de veinte años de terror y miedos, la noticia de la captura del sanguinario delincuente apodado el Tiburón levantó una ola de alegría en las poblaciones de la región Caribe, tanto, que las festividades aplazadas durante ocho años se desbordaron durante varios días.

Llegada la calma de los excesos del jolgorio, el miedo volvió a instalarse en la región.

La noticia de que el hijo del Tiburón asumía la jefatura de su banda conocida como los Plumas Blancas penetró hasta los huesos en cada uno de sus habitantes.

La Orca era mucho más cruel que su padre.

El desafío de los ancianos

—Gracias por venir, señores periodistas —dijo uno de los ancianos que conformaba la comitiva de recibimiento y quien parecía ser el líder. Luego de los saludos de rigor nos señalaron—: andando a lo que vinieron, no es bueno que ustedes estén merodeando por estos lugares.

Intrigado pregunté:

—¿Y eso por qué?

—Hace una semana la guerrilla reclutó a los niños mayores de doce años. Dos días después, los paras llegaron y violaron a las mujeres y niñas mayores de diez años frente a sus esposos y padres, dizque como castigo por ayudar a la guerrilla. Anteayer, el ejército nos anunció que debíamos abandonar este territorio porque lo van a bombardear. Solo hemos quedado nosotros, los ancianos.

—¿Por qué solo ustedes?

—La mayoría somos hijos de quienes fundaron esta población hace más de ochenta años y toda la vida hemos trabajado estas tierras como un indiviso del que siempre hemos obtenido el sustento para todas nuestras familias.

En ese momento una señora sesentona, tomó la palabra para complementar:

—Siempre hemos inculcado a nuestros hijos el amor por la naturaleza, que también es una forma de amor por la vida; de modo que si abandonamos esta heredad, con seguridad, lo que hemos conservado será destruido

y las tierras serán entregadas al que está detrás de este complot que se ha fraguado contra la población de San Isidro.

—Sencillamente —remató el más anciano—, porque nunca hemos abrazado ideologías que viven enfrentadas entre sí y, aun así, miren todas las crueldades que hemos tenido que sufrir por mantenernos al margen de un conflicto que no es nuestro.

—Comprendido entonces —invité a mi equipo—, vamos, manos a la obra, a filmar y a organizar las entrevistas. Esperemos que con este documental se pellizquen quienes desde sus oficinas planifican soluciones a los dolores de estos pueblos olvidados.

No se le ocurra mirar hacia atrás

Bernarda y sus cuatro hijos se detienen en el recodo del camino; ella no aguanta las ganas de echarle un último vistazo a su pequeña parcela, la que, por amenazas de un ambicioso de la región, tuvo que abandonar dejando en ella sepultados a su padre y a su esposo, asesinados dos meses atrás.

Las lágrimas le ruedan por las mejillas y llena de recuerdos retoma el camino dispuesta a poner la mayor distancia posible de aquel lugar que fuera un infierno en el último año...

Pero al reanudar la marcha dos hombres mal encarados, con sus armas listas, y bloqueándoles el camino la increpan: “Se les advirtió que no podían mirar hacia atrás”.

Bernarda abraza a sus cuatro hijos, al tiempo que grita con voz desgarrada: “¡Por favor, no maten a mis hijos!”.

La muerte de la inocencia

Los detalles de las amenazas, asesinatos y violaciones ocurridas en la región de Aguas Claras, a fuerza de pasar de boca en boca, fueron acabando con la inocencia de los niños.

Hoy, ellos solo se preocupan por cómo conseguir fusiles y engrosar las filas de grupos rebeldes para vengar la muerte de los suyos.

Al preguntarles qué quieren ser cuando sean grandes. Responden con inocencia:

“Traquetos”.

La angustia de una plegaria

Los estampidos desconciertan a la concurrencia que asiste al sepelio de los hermanos Marín, asesinados la noche anterior en la plaza del pueblo La Esperanza.

De pronto, una balacera seguida de un grito de auxilio agujerea la concentración colectiva del acto litúrgico. Atropelladamente todos abandonan la iglesia para averiguar quién ha sido la siguiente víctima.

El cura, con el alma compungida por la suerte que sufre su parroquia, eleva esta plegaria: “¡Dios mío! ¿Hasta cuándo vamos a vivir en las tinieblas?”.

Aquí todos somos víctimas

—¡Chino Malo! ¡Chino Malo! Tráeme de inmediato a doce hombres acá al colegio, ¡vamos! ¡Que sea rápido! —grita el comandante a su segundo en el mando.

Al azar, Chino Malo elige a los hombres y los lleva al lugar indicado.

—Aquí están, mi comandante —le informa a su jefe.

—Bien. A ver, huevones, van a demostrar qué tan machos son, hagan fila frente a esta puerta y uno por uno van a entrar a esa aula y violan a la malparida de la maestra que ha seguido hablando pestes de nosotros. Vamos a darle una lección para que nunca se le olvide quiénes somos nosotros, y no se preocupen, que ya está amarrada y con las piernas abiertas.

El comandante, con la metralleta en sus manos, se encarga de que tal condena se cumpla.

—Que pase el primero.

Luego, cuando este sale después de diez minutos, ordena:

—El siguiente.

Y así sucesivamente van entrando los borregos a cumplir con su misión. Cuando el octavo hombre ingresa y sale de inmediato sin cumplir su cometido, el comandante le conmina:

—Ajá, ¿y a usted qué mierda le picó? ¿Que acaso es maricón?

El hombre, con una cara desencajada y nerviosa le contesta:

—No puedo, comandante, esa señora es tía mía.

—Me importa un carajo —dice el comandante, y apuntándole con el arma en el pecho, lo amenaza—: o entra y la viola, o se muere aquí mismo.

Desde el interior se escucha la voz de la maestra.

—Entra, mijo, no te preocupes, Dios sabe que aquí todos somos víctimas.

Paradojas de un exiliado

*Esquela en memoria de Gustavo Ballesteros Patrón
Montería, marzo 18 de 2021*

El 16 de marzo del 2021 falleció de un infarto cardiaco y de manera inesperada en la ciudad de Altamirano, estado de Guerrero, México, el investigador y maestro Gustavo Ballesteros Patrón, ilustre hijo del municipio de Valencia, Córdoba, Colombia, e insigne docente pensionado de la Universidad de Córdoba y quien, por azares del destino, tuvo que vivir asilado durante sus últimos treinta años en el país de los aztecas.

Gustavo Ballesteros Patrón, ingeniero agrónomo egresado de la Facultad de Ingeniería Agronómica de la Universidad de Córdoba en 1975; por sus condiciones de líder natural en la lucha por la defensa de los desprotegidos, los derechos humanos y el medio ambiente y por sus capacidades investigativas y organizativas demostradas

durante sus estudios fue vinculado en 1976 como docente auxiliar en formación de la asignatura Fisiología Vegetal de esta facultad.

Quienes hicimos parte de ese cuerpo docente, que para esa fecha asumió el reto de consolidar y modernizar sus actividades académicas, investigativas y de extensión, podemos asegurar que su labor la realizó con vocación y sentido de pertenencia. Fue un convencido de que la educación, la ciencia y la tecnología son los ejes fundamentales para construir una sociedad más democrática, creativa y tolerante.

Fue un lector empedernido, intelectual, humanista y acucioso investigador de la flora colombiana y en especial de la Amazonia. Coleccionista de semillas de las especies y variedades nativas de cultivos de arroz, maíz, frijoles, mango, entre otras, oriundas de la región Caribe, con las cuales organizó varias exposiciones en el campus universitario. Entre los años 1983 y 1985 realizó sus estudios de maestría en Ciencias Agrícolas en la Escuela de Posgrado de Chapingo, México. Para el periodo 1988-1991 fue elegido decano de la facultad mediante consulta popular; cargo que asumió con entusiasmo y en el que se pudo apreciar su liderazgo y temple para dirigir a nuestra facultad a la que dedicaba más tiempo laboral de lo indicado, trabajando sobre la base de la igualdad y la solidaridad. Fue impulsor de la asignatura de Biotecnología y gestor de la construcción del laboratorio y el umbráculo para investigar en cultivos de tejidos de plátano y ñame. Por desgracia no pudo culminar su periodo debido a que fue considerado objetivo militar;

supuestamente por estar soliviantando a los indígenas de los resguardos del departamento de Córdoba, lo cual lo obligó a vivir durante un tiempo en la clandestinidad.

Ante los momentos críticos que le tocó en suerte afrontar, Gustavo demostró ser un hombre vertical en el buen sentido de la palabra y coherente con sus ideas y principios, jamás se dobló a los intereses de políticos de la época.

Después de un regreso fugaz y ante la persistencia de las amenazas, se asiló en México. En ese país culminó un doctorado en Ciencias Agrícolas y dirigió importantes proyectos relacionados con la etnobotánica y la fitogeografía. En una de sus correrías por la Amazonia colombiana, peruana y boliviana, en el año 1997, coleccionó una cantidad de semillas de especies medicinales y frutales promisorias que entregó para su propagación en el vivero de la Universidad de Córdoba, material que quedó inventariado para que se sembrara en el proyecto de Jardín Botánico de la institución, que se estaba gestionando con financiación del Banco Mundial y que fracasó cuando la universidad fue tomada por las Autodefensas Unidas de Colombia, AUC. Igual suerte corrió el material inventariado en el vivero. Por fortuna, en un pedazo de tierra en San Carlos, donde esperaba pasar sus últimos años, fue construyendo su propio jardín botánico en el cual sembró, para su conservación, una cantidad apreciable de especies vegetales nativas de árboles y plantas promisorias medicinales y frutales de los bosques tropicales.

Por su denodada labor altruista en procurar condiciones de vida más dignas para los indígenas de los resguardos asentados en el departamento de Córdoba, Gustavo Ballesteros Patrón tuvo que tomar distancia y alejarse de los suyos. Años después, en 2018, en el exilio, incorporado a la sociedad que lo acogió, descendientes de los toltecas, fue condecorado con la medalla al mérito al mejor extranjero, por sus contribuciones científicas que garantizaban soluciones alimentarias en áreas marginales ocupadas por comunidades indígenas de la región de Tierras Calientes del país de asilo. Lo paradójico es que en los archivos de los organismos de seguridad del departamento donde su familia guardaba la esperanza de verlo meciéndose en una hamaca, rodeado de sus nietos, se escribió el siguiente epitafio: objetivo militar por sublevar a los indígenas; dato que él mismo nos contó cuando en una de sus venidas al país, leyera tal observación en un libro donde se registraba su entrada en la embajada colombiana.

En el Instituto de Tecnología de Ciudad de Altamirano, ITCA, donde trabajó sus últimos veinte años, dejó como legado invaluable un banco de gramas, un banco de ciruelas, un Jardín Botánico y el Museo arqueológico calentano. Por ello, el presidente municipal de Altamirano, César del Ángel Rodríguez Flores, en julio 30 del 2021, en una ceremonia especial, confirmó que la creada extensión académica para la carrera de Agronomía del ITCA llevara en su honor el nombre de Gustavo Adolfo Ballesteros Patrón.

Gustavo fue una persona muy espiritual y sensible, que impedía ser indiferente a los dolores de quienes luchaban

por un pedazo de pan para calmar el hambre. Su humildad y sencillez fueron siempre su carta de presentación.

Para la Facultad de Ciencias Agrícolas de la Universidad de Córdoba, donde siempre se le ha tenido como un referente del maestro en el buen sentido de la palabra, fue una gran pérdida su fallecimiento. Igual, para la Asociación de Jubilados de la Universidad de Córdoba, Ajucor, donde sus copartidarios y amigos lo recuerdan con cariño.

En atención a que Gustavo no fue muy amigo de elogios ni de honores, me permito invitar a todos los que así lo deseen, y como un homenaje a su memoria, a escribir el inmenso legado que dejara desperdigado por las tierras de México y de Colombia. Considero pertinente que las nuevas generaciones del departamento de Córdoba conozcan la vida y obra de este personaje que en su ejercicio profesional se sumergió en las aguas de la ciencia para hurgar en la naturaleza la sabiduría que nuestros ancestros utilizaban para vivir en armonía con la Madre Tierra.

A Leda Nova Valverde, su esposa, sus hijas Patricia, Sandra, Nayarith, su hijo Camilo, hermanos y demás familiares, mis sentimientos de solidaridad. Paz en su tumba.

Sentencia de una madre

Si vienen a pagar la ausencia y el dolor que me causaron al enrollar y llevar a la muerte a mi hijo, en su maldita guerra, pueden regresarse por donde han venido. Mi hijo tan solo tenía trece años y por sus expectativas de vida,

por sus sueños de llegar a ser un gran médico al servicio de su pueblo y por todo lo que hubiese podido hacer por su familia, amigos y por la humanidad, no hay dinero suficiente para honrar su memoria.

Y tampoco me sirve para enterrar el sufrimiento que sembraron en mi alma. ¡Váyanse para la puta mierda, no joda!

Remata la madre dándoles un portazo a los furtivos visitantes con rostros cubiertos con pasamontañas.

Camino del exilio

El caballo, intuyendo un peligro en la oscuridad del cafetal que franqueaba el recodo del camino treinta metros adelante, se detiene bruscamente. Anselmo, atento a las señales de su compañero de viaje, se aferra a la tejuela para no caerse y decide no acosar al animal.

Los sicarios, apostados tras unos cafetos, lo esperan impacientes. Inquietos y desesperados en cumplir con su cometido, encienden una farola de mano y tratan de enfocar en la distancia, a la cabalgadura con su jinete.

Anselmo le da unas suaves palmadas en el cuello a su caballo, agradeciéndole por su intuición el no haber caído en la trampa mortal que le esperaba. Con toda calma, retoma el camino de regreso al pueblo y en su mente decide no volver a retar a la muerte. “Mañana tomaré con mi familia el camino del exilio”.

Los dominios de don Chano

A dos kilómetros de la entrada a la población de Río Frío fuimos detenidos por una expedición de hombres armados quienes, sin ningún recato, nos prohibieron seguir adelante.

Después de requisarnos exhaustivamente, a pesar de mostrarles las credenciales de la Cruz Roja, de informarles que hacíamos parte de una comisión encargada de realizar una jornada de vacunación contra la influenza en los niños menores de siete años en los planteles de la región, no fue posible convencerlos de que nuestra labor era humanitaria.

—¿Y entonces qué debemos hacer para cumplir con la misión? —preguntó el director de la comisión al que parecía ser el jefe.

—Tienen que conseguir la autorización de don Chano, sin ella nadie entra en sus dominios.

Paranoia colectiva

Hipólito, atraído por el tumulto formado frente a la inspección, se acerca para averiguar qué sucede. Al llegar al lugar, alguien lo señala y grita: “¡Ese es! ¡Ese es el asesino! ¡Ese es el asesino de los ancianos!”.

La muchedumbre enardecida y sin mediar palabras se abalanza sobre él sin darle tiempo de huir, lo linchan en cuestión de segundos y luego lo arrastran hasta la puerta de la inspección.

En ese momento, en el interior de la edificación, el inspector anuncia en rueda de prensa que ya ha sido capturado al asesino de los ancianos Morales y que a esa misma hora está siendo trasladado a los calabozos de la Sijín.

El fotógrafo

Apostado tras unos arbustos, a orillas del humedal, el ornitólogo Asdrúbal Paredes obtura la cámara para atrapar el vuelo de las cigüeñas que, en bandadas, atraviesan un cielo anaranjado que brota como fondo en el paisaje de una mañana gris, en la hermosa ciénaga de Betancí, localizada en el municipio de Tierralta, departamento de Córdoba, Colombia.

Simultáneamente, desde distintas partes del paisaje circundante brotan varios fognazos.

Asdrúbal, acribillado, muere de forma fulminante.

Para los “vigilantes” de aquel enclave estratégico, la presencia de cualquier persona que actúe de manera extraña es suficiente para desaparecerla.

Conspiración contra Calixto

Descalzo, mugriento de polvo y sudor, arrastrando su abatimiento, llega a la inspección del pueblo. Y aunque la sofocación lo ahoga, controla sus temores y anuncia, con una voz desgarrada, a los presentes:

—Soy Calixto Antonio Arrieta Calleja, acaban de matar a mi mujer y a mis tres hijos, e incendiaron mi casa solo

por el capricho de que mis tierras son un estorbo para no sé qué proyecto.

—Con que tú eres el “testarudo de Calixto” —le interrumpe el inspector—, pues llegaste al lugar indicado —y apuntándole con un arma le dice—: quedas detenido por conspiración.

Triste testimonio

Colombia, ¿por qué estás triste?

No puedo olvidar el alarido de angustia que taladró la noche allá en mi pueblo. Recuerdo cómo el temor tomaba formas distintas en los ojos de mi gente, la sangre empapando el suelo calcinado y polvoriento y la risa demoníaca de las bestias asesinas que esa noche se divertieron jugando al fútbol con las cabezas de mis decapitados con machetes.

Pero lo que más me duele es que no hubo velorio para nadie. La fuga en desbandada que se dio, aprovechando que la modorra de la borrachera aplacó la orgía de aquella horda de salvajes, nos disgregó por rutas diferentes.

Hoy somos almas en pena, deambulando en semáforos, aceras y parques de las grandes ciudades, sobreviviendo de la caridad de las buenas personas que, por fortuna, todavía existen en este “país de cafre”, como lo dijera hace cincuenta años el maestro Darío Echandía.

La mina

Al acecho, mimetizada en el sendero, espera la presa. No tiene prisa, tarde o temprano alguien caerá en la trampa y cumplirá la promesa de aquel que le refundió en su mecanismo de funcionamiento desbaratar la vida de quien osara despertarla de su letargo mortal.

Un niño ajeno a la desgracia camina tarareando una canción.

Estúpidos de la guerra

En medio del fragor del combate, apostado detrás de un tronco de árbol seco a tan solo cinco metros, alcancé a divisar a un guerrillero que dándome la espalda se ocultaba en unos matorrales. Estaba a punto de darle un tiro en la cabeza, cuando algo familiar en él me llamó la atención.

Después de observarlo con detenimiento, me di cuenta de que era mi hermano a quien no veía hacía más de cinco años. Un borbotón de sentimientos encontrados me arrugó el corazón y con lágrimas en mis ojos lo llamé con el apodo que solo yo le decía desde que éramos niños: “Lengua de trapo, Lengua de trapo, soy yo, tu hermano”, dije despacito y con el fusil en alto.

Aristóbulo, tal era su nombre de pila, me miró sorprendido, me reconoció y con toda la precaución del caso se acercó a mí. El abrazo que nos dimos duró una eternidad y entre lágrimas, después de contarnos las vicisitudes que ambos habíamos vivido, la realidad nos fue demostrando cuán estúpidos habíamos sido.

Él guerrillero y yo paramilitar —ambos exponiendo nuestras vidas a sabiendas de que el camino elegido no era el más correcto—, entendimos que no había razón para que los pobres y miserables, que hacemos parte de los batallones del ejército y de las bandas de insurgentes, abrazáramos causas que solo beneficiaban a la opulencia del país.

Hoy, después de que él desertara y yo pidiera la baja, y ambos cerráramos ese capítulo negro de nuestras vidas, estamos trabajando por la paz, esa sí, una verdadera razón para lograr la concordia y fraternidad entre los seres humanos y los pueblos.

Territorio vedado

Los dos enamorados amantes de la naturaleza regresaban a la cabaña que tenían arrendada en Punta Rana a preparar el regreso a la capital. Por fin habían terminado las filmaciones que requerían para editar el video sobre los ecosistemas de manglar del Golfo de Morrosquillo y con el cual aspiraban a obtener el título de biólogos marinos.

Luis y Fernanda, abrazados y felices, ignoraban que, con sus cámaras, habían traspasado las fronteras de territorios vedados para gente extraña. El operativo para asesinarlos ya se había puesto en marcha.

Motivos para seguir viviendo

—¿Entonces es verdad que te vas de la ciudad, compadre José?

—Así es, compadre Euclides. Al morir mi esposa, con quien soporté la tragedia de perder nuestros tres hijos: el primero secuestrado y asesinado, el segundo, desaparecido en el avión que fue derribado por unos terroristas y el tercero, muerto en combate por unos insurgentes, ya no tiene sentido seguir anclado donde los recuerdos me atormentan. Compadre, quiero evitar que mis amarguras crezcan, me arrastren, alteren mis sentidos y me conviertan en una bestia más de esas que se deleitan con la muerte. Me voy a aventurar, como un nómada, e internarme en la complejidad de lo desconocido, quizás así pueda encontrar motivos para seguir viviendo.

Mercenarios ignorantes

Los doce jinetes llegan a La Victoria, enclave estratégico para ascender a la montaña. Se detienen frente a la iglesia y buscan al cura para que les dé la bendición.

—¿Y cuál es el propósito de esta bendición? —pregunta el párroco.

—Tener éxito en el exterminio de esos comunistas que se ocultan allá arriba, en esas montañas.

—¿Y ustedes saben qué es un comunista? —interroga el padre, tratando de medir el grado de educación de estos mercenarios.

—Claro, padre —contesta el que parecía ser el jefe—, son los mismos comuneros que un tal Galán organizara hace años y a quien le cortaron la cabeza.

El terrible miedo de los niños

Bonifacio, mirando la bandada de gallinazos que hacia el sur de Aguas Clara revoloteaba en el cielo, le dice a su mujer: “Algo terrible ha debido pasar en La Mora”.

El presagio corre y muchos en el pueblo acuden presurosos a investigar el porqué de la presencia de los gallinazos en el cielo.

Una escena dantesca arruga el corazón de los visitantes. Cadáveres por doquier se encontraban desperdigados en las calles. Pero el desasosiego más tremendo que pudieron experimentar quienes arribaron al pueblo fue ver cómo un montón de niños harapientos, despavorido huyendo de ellos, gritaban: ¡No me maten! ¡No me maten! ¡No me maten!

Los paleadores

—En cada pueblo que existe en esta tierra siempre hay algo que en el argot de los viajeros lo identifica: su clima, sus paisajes, su historia, el cultivo de una fruta en especial, la elaboración de un producto típico como un dulce, un queso, una artesanía o por algún personaje enigmático, patricio, loco o sobresaliente en la política, en los negocios, en la ciencia, en las artes o la literatura. En todo caso, son pueblos que dejan huellas que traspasan las fronteras del tiempo y del espacio. Pero lo que voy a contar, compadre Eulalio, sobre un pueblo que visité hace cinco años, que yo sepa, no tiene parangón en este mundo.

—Al juzgar por tu expresión, se deduce que la historia tiene algo de misterio compadre Nicanor. Tira el cuento de una vez porque ya despertaste mi interés.

—Bueno, la historia no tiene nada de misterio. ¡Es espeluznante, compadre Eulalio! Se trata de un poblado al que por el oficio que desempeñan algunos de sus habitantes, le llaman “el pueblo de los paleadores”. Al principio, cuando me narraron la historia, no la creí, luego cuando me dieron más detalles decidí comprobarlo por mí mismo. Todavía se me eriza la piel al revivir las escenas que observé el día que pernocté en ese pueblo y aún experimento en algunos momentos ráfagas densas con el repugnante olor a mortecina con el que ya se han acostumbrado sus habitantes de tanto familiarizarse con los muertos.

—¡No joda compadre! Entonces la cosa es así de tenebrosa, macabra.

—Aparentemente, compadre Eulalio. Ya comprenderás. A veces en el destino de los pueblos ocurren hechos que de alguna forma moldean la conducta de sus moradores, hasta llegar a situaciones incomprensibles para los observadores de afuera, pero cuando se analizan los hechos, uno se da cuenta de que son las circunstancias en las que se ven envueltas las personas las que poco a poco las conducen a que asuman comportamientos nada ortodoxos. No sé si me hice entender, compadre Eulalio.

—Mira, compadre Nicanor. ¡Déjate ya de tanto preámbulo y comienza ya tu historia!

—De acuerdo, compadre, pero no me interrumpas y me perdonas que sea muy explicativo en la narración, pero soy de los que gustan ataviar los hechos con todas las emociones que los sentidos captan en el momento en que ocurren. Bien, aquí va mi relato.

Se trata de Puerto Libre, una población escondida en la parte baja de uno de los recodos de la margen izquierda de Río Grande, cuyos habitantes, haciendo honor a su nombre, se han caracterizado por ser autónomos y francos y jamás han permitido que la violencia y el fanatismo político perturbe la sosegada vida de la que siempre han gozado desde que los primeros colonos, con una visión ecológica, sentaron las bases para aprovechar el enorme potencial de riquezas que ofrecían el río y los ecosistemas circundantes.

Ellos en su sabiduría consideraron que todos los recursos naturales de la región harían parte de una sola olla, que la tierra donde decidieron dejar sus bártulos de manera definitiva sería manejada como un bien indiviso, nada de parcelaciones, ni de escrituras que originaran con el tiempo conflictos por herencias y que con la muerte se esfuman como el humo. Esos primeros colonos ya tenían nociones de lo que en un futuro sería el cooperativismo. Desde sus inicios, en Puerto Libre, la solidaridad se consolidó como una de las principales virtudes de su gente.

Pero lo que en principio fue su fortaleza: sus aguas quietas y sus playas que en verano eran sitios de recreo para su gente, con el tiempo, debido a su posición geográfica en cuyo frente el río tiene uno de los remolinos más

famoso, Puerto Libre se fue convirtiendo en un punto de referencia obligado cuando de localizar personas ahogadas se trataba. Ello, debido a que todo aquello que es arrastrado por la corriente desde las zonas altas del río y de sus tributarios, al llegar al vértice del torbellino es succionado, centrifugado y luego, al perder su fuerza por el costado menos profundo, es botado hacia el recodo emergiendo en sus aguas bajas o recalando en sus playas.

Para un pueblo cuya cifra de pérdidas humanas se da en promedio una, cada cinco años, la recalada de un cadáver en su orilla no dejaba de ser un gran acontecimiento por las incógnitas que viajan con el cuerpo. Sin embargo, los lugareños cumplían con su ritual acostumbrado. Si no llegaban pronto a buscarlo personas procedentes de las poblaciones localizadas aguas arriba, lo sacaban, lo encalaban para evitar su rápida descomposición y luego, con los canoeros y pilotos de embarcaciones mayores, enviaban avisos sobre el cadáver encontrado. Si a las veinticuatro horas no acudía nadie a reclamarlo, procedían a darle cristiana sepultura. El municipio cubría los gastos del sepelio.

Pero como los tiempos fueron cambiando por cuenta de la violencia fratricida de este país, que ha sido alimentada en los últimos treinta años por la desigualdad social, el narcotráfico y la concentración de la tierra en pocas manos, la tranquila y perezosa vida de Puerto Libre se vio interrumpida por la cada vez más frecuente aparición de muertos que el remolino recogía.

Fue así como Puerto Libre se fue llenando de sepulcros de incontables cuerpos humanos muertos a bala,

estrangulados, degollados o con heridas de machetes que eran tirados al río desde las distintas áreas que dominaban los grupos en contienda. Durante los primeros tres años, debido a que la mayoría de estos cadáveres no eran reclamados, el municipio tuvo que asumir los gastos de sus enterramientos para evitar posibles epidemias y la hedentina que ambientaba la atmósfera del pueblo.

Con el tiempo la situación se fue volviendo insostenible, las arcas del municipio de por sí pobres no alcanzaban para destinar un alto presupuesto para tal rubro. El cementerio, que le sirvió por más de cincuenta años al pueblo, en un par de años quedó repleto, por lo que hubo necesidad de ampliar su área para nuevas tumbas.

“Esos muertos no son de este pueblo”, respondían cuando algún viajero desprevenido preguntaba por la cantidad de cruces que adornaba el cementerio a la salida de Puerto Libre, cuyos habitantes, a fuerza de familiarizarse con los muertos, fueron perdiendo la capacidad de asombro y la sensibilidad que los caracterizaba como seres humanitarios y voluntariosos.

Ante esta situación, a un alcalde, con el apoyo de la clase dirigente, se le ocurrió crear el cargo de paleador, oficio adscrito a la secretaria de salud, cuya función, además de impedir con una vara larga y en canoa que en Puerto Libre anclaran los innumerables cadáveres que el remolino desviaba hacia su playa, era conducirlos de nuevo a la corriente principal del río.

Aquello, aunque en principio produjo algunos remordimientos de consciencia, con el tiempo llegó a

considerarse como algo natural. Hoy, doce paleadores pagados por la alcaldía y divididos en tres turnos se encargan de evitarle al municipio un gasto oneroso por muertos que no son de su jurisdicción.

Lo irónico de la situación es que los habitantes desocupados y aquellos que terminan sus jornadas laborales, voluntariamente, desde distintas atalayas, avisan, dirigen y supervisan la labor de los paleadores de turno. La cuestión es que tal actividad se ha convertido en una de las diversiones más extravagantes que yo haya podido ver en la vida. Ya podrás imaginarte la cantidad de cosas que se dicen cuando un cadáver asoma su abultado vientre o lleva a un golero sobre el mismo.

“¡Allá por la punta de la Kika asoma un cadáver!”, “¡Corre Manuel, se te va a venir hacia la orilla!”, “¡Cuidado lo revienta que está pipón!”, “¡Mira, por el recodo de la finca de Julián aboyó un saco de papas!”. En fin, compadre, esos y muchos más son los gritos que se oyen con frecuencia en la población de Puerto Libre.

Te juro compadre, que a mí se me ponía la carne de gallina cuando escuchaba gritos que decían cosas que producían hilaridad en la gente. Hasta los niños se fueron acostumbrando a reírse de los muertos a los que se les ponían apodos, según el rasgo más sobresaliente: el sapo gordo, el pescao arrollao, el degollado, el mocho, el ombligón. Por eso fue que te dije que aparentemente esta historia podía ser macabra. Pero, como puedes ver, para los habitantes de Puerto Libre no tenía nada de macabro.

En todo caso, amigo mío, desde entonces le toca al mar Caribe la gran tarea de acoger en sus entrañas los numerosos desaparecidos de un conflicto que nos separa y que pareciera nunca se va acabar.

Antes de salir de Puerto Libre me senté con el alcalde para cruzar algunas impresiones sobre la desgracia del pueblo. Compadre, no me lo vas a creer, pero me encontré con un hombre sensible que acude a la poesía como tabla salvavidas para paliar sus penas. Me leyó varios de sus poemas en los que revela la agonía que lleva en su corazón; detrás de su apariencia de hombre duro, la sensibilidad brota en muchos de sus versos. De allí que uno no debe juzgar a nadie.

¿Cómo te parece esta historia, compadre Eulalio? ¿Es o no es de lo más extraña, de las tantas con las cuales uno se topa en la vida?

—Mi querido compadre Nicanor, lo único que puedo decirte es que del hombre se puede esperar lo que tú menos crees.

El bobo del barrio

“Muerto en combate en la vereda La Gloria, del municipio de Valencia, el guerrillero Benjamín Velásquez Sánchez”, se leía al pie de una fotografía que mostraba un cuerpo abatido, vestido con uniforme militar y empuñando un fusil, en el periódico local de la ciudad de Montería.

La estupefacción de quienes leían la identificación del cadáver dejaba sin habla a algunos, mientras otros

gritaban, “¡Eso es imposible! ¡Qué infamia es esa, por Dios!, pero si el Benja es el bobo del barrio La Granja”.

La inverosímil noticia fue encontrando explicación cuando un conocido de la familia llegó a la vivienda de los padres y comentó: “Yo vi a Benjamín en la tarde de ayer montado en un camión, con otros dos muchachos, por la vía de Guateque y él, con su mano en alto, iba despidiéndose de todos los transeúntes por donde el camión pasaba. Iba feliz gritando: ¡Voy pa’ un sancocho!”.

La ley del monte

Sobresaltado por el roce de una pistola en su espalda, Porfirio Domicó escucha una voz que le dice:

—¿Quién te ha dado permiso para pescar en este río?

Porfirio, acudiendo a la memoria de sus ancestros, contesta:

—Con la autoridad que me da el pertenecer a la etnia que pobló todas estas tierras.

—Ja, ja, ja. ¿Tú no sabes que estas tierras tienen dueños?

—Que yo sepa, el río no es de nadie —contesta Porfirio desafiante.

—Te equivocas, este tramo del río atraviesa mi propiedad, por lo tanto, lo que allí se encuentre es mío, así que largo antes que te meta un tiro —le recrimina un hombre con sombrero de safari, que seguía montado en un caballo.

En el oeste

—Mire, señor embajador, sustento mi solicitud de asilo a su país, por lo siguiente: aunque a usted le suene extraño, en Colombia hay regiones geográficas que parece vivieran en la época del antiguo oeste americano. El control territorial va asociado con el control del poder público, militar y judicial, y todo aquel que se enfrente a esta camarilla que delinque en nombre del Estado, si no lo asesinan para callarlo, lo desacreditan, lo doblegan o tiene que desplazarse, o asilarse.

—¿Y usted, qué rol ha jugado en ese galimatías del que me habla?

—Bueno, como periodista tengo una columna de opinión en la que expreso mi desacuerdo con las injusticias que a diario ocurren en mi tierra. Yo no soy ciego ni sordo y me da tristeza ver cómo el respeto a la ley, al orden jurídico y a la institucionalidad es una quimera para los de ruana. De modo que por tomar partido en la defensa de los derechos humanos ya he sido objeto de amenazas y como usted comprenderá...

—Un momento, ¿ya usted hizo las denuncias respectivas ante los organismos de control del Estado?

—No me haga reír, señor embajador, con unos organismos de control amordazados, intimidados o sometidos no hay garantías para quienes osen hacer cualquier tipo de denuncias. La impunidad rige el destino de nuestra gente, por distintas formas de manipulación nos han ido convirtiendo en cómplices silenciosos y yo no quiero llegar a esos extremos.

—Está bien, suficiente, llene este formulario por favor.

Aquí la ley soy yo

Tan pronto supe que mis compañeros directivos de la Asociación de Jubilados de la Universidad de Córdoba, Ajucor, y de los sindicatos Aspu y Sintraunicol, de la *alma mater* cordobesa, regresaron en las horas de la madrugada de la reunión del 18 de febrero de 2004, a la que se vieron obligados a asistir “en un lugar del cielo”, me fui a casa del presidente de Ajucor, Francisco Villadiego Abuchar, para que me contara los pormenores de dicho encuentro.

Después de narrarme los detalles de cómo fueron conminados y llevados a una finca en la vereda El Ralito, con una gran tristeza me contó la experiencia que viviera en aquella extraña asamblea en la que además de las directivas de los sindicatos también estaban los miembros del Consejo Superior de la Universidad, el rector encargado y otros directivos.

—Profe, sobre la presencia de estos funcionarios de la universidad, no sé por qué razón, ni cómo, ellos estaban y llegaron allí, pero me dio la impresión que serían testigos para avalar las decisiones que se iban a tomar sobre el futuro inmediato de la universidad. Lo cierto fue que, cuando me vi sentado con mis compañeros de infortunio, frente a unos señores que tenían arrodilladas a la dirigencia política regional, a las autoridades administrativas, jurídicas y militares del Caribe, me sentí indigno de mí mismo.

—¡Por Dios! A qué grado de degradación social habíamos llegado. La dirigencia gremial de mi universidad, allí

constreñida y padeciendo un espectáculo de miedo ante un tribunal espurio cuyo jefe, con las hojas de vida de cada uno de los presentes, dictaba cátedra de ética y moral, exigiéndonos renunciar a lo que, según él, eran prebendas obtenidas de manera ilegal y cumplir con una serie de condiciones para que el rector de la universidad pudiese desarrollar sus objetivos misionales sin interrupción alguna. ¡Qué te parece! El diablo ofrendando misas en el templo del saber.

Al respecto, con la serenidad del caso le contesté:

—El toro hay que cogerlo por los cachos, estos temas se dirimen en los estrados judiciales, nosotros no tenemos por qué renunciar a nada.

—¿Sabes qué dijo el tipo que presidía la reunión? “Es que la ley aquí, soy yo”. No me sorprendió que haya dicho esas palabras, pues en Colombia ya se ha llegado a esos extremos, un país sin brújula.

—Así es doctor —intervine apuntando a su observación—. Parece que seguimos igual a lo que dijera en 1929 en su libro *Viaje a pie* el escritor y filósofo Fernando González Ochoa: “¡Pobre país, país de miseria, país del diablo, país negroide, indio, español, sin rumbo y sin consciencia aún!”.

El doctor Villadiego, un hombre probo, humanista, con doctorado en salud pública, docente y exrector de la Universidad, no obstante el riesgo que significaron sus palabras en aquella reunión, fue un pilar importante para denunciar ante el Consejo Superior y los organismos de

control del país la injerencia del paramilitarismo en la misión y administración de la Universidad de Córdoba.

Dos años después de aquel suceso, Francisco Villadiego murió víctima de un cáncer que se le exacerbó por el estrés que le produjo ver cómo su universidad, permanecía con la palabra secuestrada, en manos de quienes tenían como programa “refundar la patria” con la razón de los fusiles.

El retorno

Al pisar el umbral de la casa finca que fuera de mis padres, localizada al frente de la ciénaga de Ayapel, cerca de la vereda El Rabón, y de la cual, a la edad de quince años, me había alejado por una década para adelantar estudios en la ciudad de Bogotá; sentí una angustia tremenda de verla abandonada y no saber la suerte que tuvieran mis padres y mis dos hermanas.

Afligido por los sentimientos encontrados y mientras recordaba lo que me escribió mi madre en su última carta, recibida tres meses atrás, diciéndome que permaneciera en la capital hasta que se calmaran los enfrentamientos de los grupos que al margen de la ley dominaban la región, rica en yacimientos auríferos y cruce estratégico para el tráfico de drogas y armamentos, fui sorprendido por un perro viejo que me lamía la cara con una alegría que jamás había percibido en animal alguno. Era Medor, mi perro mascota.

Luego, como queriéndome dar respuestas a la serie de preguntas que golpeaban mi cerebro, halándome por el pantalón, me condujo al traspatio y se acostó en medio

de dos tumbas. Sin saber qué cuerpos reposaban en ellas, lloré todo mi dolor abrazado al perro.

Allí, a la intemperie, dormí esa noche en compañía de Medor, prometiéndome a mí mismo que al día siguiente comenzaría la tarea de reconstruir la historia de esos diez años que me robó la violencia.

Sin preguntas

Eran las doce de la noche cuando unos fuertes golpes en la puerta despiertan a Liduvina; preocupada, corre, y al abrirla, en forma precipitada, entran varios hombres cargando un ataúd y sin muchos miramientos le dicen:

—Aquí tiene el cadáver de su hijo Nicanor y estos cinco millones de pesos para los gastos del funeral. No pregunte cuándo, cómo, dónde, ni el por qué está muerto. ¿Oyó?

-Luego, apresurados, regresaron a una camioneta que los esperaba en la calle a continuar, como si fueran barqueros de Hades, con su tarea de llevar los difuntos paridos en las guerras de montes.

Informe judicial

El drama que viví en el caserío de Samaniego, adonde habíamos arribado, me produjo una tribulación que jamás había sentido por muy aterradora que fuera la escena que me tocara describir como criminalista.

Por tal razón, todos los miembros de la comisión que las autoridades judiciales enviaron para adelantar la investigación de lo ocurrido en dicho caserío acordamos

ocultar lo que parecía haber sido una orgía demoníaca que dejó sin vida a todos los habitantes de aquel poblado.

En el informe final escribimos: “Todos los habitantes de Samaniego murieron por una extraña intoxicación, y dado el grado de descomposición de los cadáveres todos fueron incinerados para evitar cualquier epidemia”.

Por algo lo mataron

Un par de disparos rompe en pedazos la tranquila noche de Costa Azul. Las madres elevan una oración al cielo, un sabor amargo amortaja el corazón de los ancianos; los padres de familia se sienten vulnerables ante el silencio cortante y el frío doloroso que los mantiene estáticos; pero, como siempre ocurre en cualquier lugar donde sucede un asesinato, no faltan los inconscientes que sin ningún respeto gritan:

Por algo lo mataron.

Una sabia decisión

—Petrona, en nombre del gobierno, le estamos restituyendo la finca El Manantial —le dice en tono solemne el señor alcalde.

La anciana toma el documento y con voz serena exclama:

—¡Gracias, señor alcalde, pero ya no me interesa ninguna finca! La verdad es que la tierra jamás ha de ser de nadie, pues aquí en este mundo solo somos viajeros transitorios y debemos vivir ligeros de equipajes. Por eso

he decidido donar estas tierras a los indígenas, ellos son sus verdaderos dueños y en su sabiduría sabrán darle un mejor uso.

Una atronadora ovación brotó del auditorio y acompañó a Petrona mientras bajaba y se alejaba con su familia de aquel lugar.

Esclavos del terror

—Jefe, ya la tropa está lista para hacer la limpieza que se tiene programada.

—¿Todos están bien drogados? ¿Bebieron sangre humana?

—Sí, jefe, parecen perros ávidos para salir de cacería.

—Bien, no se te olvide, nada de balas. Usen garrotes, machetes, cuchillos, que el terror quede como un tatuaje en la memoria de los sobrevivientes, e intimide hasta los fantasmas. A ver si así toman escarmiento y dejan de joder a los hacendados que han traído progreso a la región.

—Ok, ¿y cuánto les doy por la vuelta?

—Dales cincuenta de los grandes para que se los repartan entre ellos y un kilo de la mona para que sigan calcinando sus cerebros y continúen siendo sumisos angelitos de la muerte, ja, ja, ja.

Por seguridad

—¿Estás seguro de que ya no queda ningún cabo suelto?

—Solo quedan dos.

—¿Quiénes?

—Tú y yo —y apuntándole con una pistola continúa—. Pero antes de que decidas mi suerte, yo seré tu verdugo.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

El mensaje

—El personaje extraño se me acercó y me dijo con una mirada siniestra: “¿Con que usted es el profesor que acosa a mi mujer y debido a sus negativas lleva su asignatura perdida? Luego, con el dedo índice en su ojo derecho, agregó: “Ojo que lo llevo en la mira”.

—¡No joda, Migue! ¿Y tú qué hiciste?

—Bueno, la chica mejoró sus notas y, por supuesto, ganó la asignatura.

La anciana de algarrobo

Preocupada porque las viudas de Algarrobo aún seguían como almas en pena después de la masacre ocurrida hacía dos años, la anciana Agustina las reúne en el parque y las increpa:

—Bueno, ¿y es que ustedes también se murieron aquella horrible noche? ¿Acaso olvidan que en la historia de la humanidad son las víctimas, en especial, las mujeres, las encargadas de resucitar de las cenizas las poblaciones arrasadas? ¡Por favor, señoras! Nosotras somos las depositarias del milagro de la vida y por lo mismo, responsables para que ella continúe a pesar de las desgracias. Hay que pasar la página y que Algarrobo vuelva a ser la población pujante y próspera de antes.

¡Carajo! Ya está bueno, quítense esos lutos del cuerpo y también del alma. La vida continúa y vuestros hijos las necesitan. Los muertos no hay que olvidarlos, pero ellos descansan en la paz del Señor, en cambio nosotras tenemos la obligación de ponerle el pecho a las adversidades, perdonar y reconciliarnos hasta con la misma muerte. Hay que sonreírle a la vida, con alegría. Vengan, vamos a darnos un abrazo, la paz de los espíritus tenemos que buscarla en nosotras mismas.

POEMAS

Por favor

¡Silencio!
Necesito escuchar
Mi respiración
Quiero estar seguro
De mi libertad.

Impotencia

Asomo el temor por la ventana
La calle se viste de misterio
Adelgazo la mirada en el silencio
Y en la esquina se agazapa el miedo.

Salto inerme a la palestra
El amor y la verdad
Mis únicas armas
Y se alejan las distancias
Mi andar a paso lento
Hoy es prisa afanada.

Mas los autos, las motos y las sombras
Poco a poco lesionan mis sentidos
Y me oculto entre la gente
Buscando nuevos rostros.

¡Es inútil!
Para qué preocuparme
Si la muerte ha de llegar
Cuando se cumpla el tiempo.

El eco de la muerte

El súbito silencio
De los grillos y chicharras
Paraliza el tiempo en la distancia
El miedo se aferra a las rendijas
Por donde el viento husmea el interior.

Una vez más en Nueva Lucía
Pueblo Adentro, Florida Blanca
Las Cruces, Cienagueta,
Aguas Claras, El Cedral
Y en otros tantos pueblos
Olvidados de esta tierra mía
El eco de los estampidos anuncia
Que la noche ha sido violada.

Todos somos culpables

Perdón
Para nosotros
Los de rostros indiferentes.

Perdón
Para vosotros
Los de rostros farisaicos.

Los esbirros
Nunca reconocen
A los inocentes.

Campesino sin tierra

Antes que el sol
Irradie sus colores
Al naciente día
Sus manos de hierro
Labran las entrañas del tiempo.

Y mucho antes de que la tarde
Se hunda en el abismo de los sueños
Su rostro de piedra se cubre
Por los surcos del hambre
Su espalda se quiebra
Con el peso de las penas
Y en sus ojos de sangre destilada
Brilla una sed lejana
De una esperanza sin sombras.

Los fantasmas del viento

No te asombres
Porque hoy nadie
Escucha los gritos de auxilio
De las noches eternas.

Sin duda
Los torturados en las sombras
Se los tragan con su propia sangre
Los perseguidos sin nombre
Se los llevan pegados a sus espaldas.

O son las rondas de la muerte
Que los ahogan con el viento
O son los fantasmas del miedo
Que los ocultan
Con el velo del silencio.

Sangra tu niñez, hijo mío

Sangran las parcelas de sueño
De los hambrientos campesinos
Sangra la palabra dura
De los osados dirigentes.

Sangran las huelgas pacíficas
Las marchas solidarias
Y hasta las explosivas alegrías
De los obreros tristes

Sangran las calles silenciosas
De los pueblos olvidados
Sangra el campo, las ciudades
Sangra el río, el mar
Los fines de semana
Y las noticias diarias.

Y aún me pregunto
¿Por qué mi hijo quiere
Que el Niño Dios
Le regale un arma?.

Explicación

A los desalojados del campo

Y cómo no voy
A perder mi sonrisa
Si en mi hogar
Hoy no hubo leña
Si mis hijos descalzos
Los devuelve la escuela
Si por llegar en harapos
Las puertas se cierran.

Cómo no voy
A perder mi sonrisa
Si me desplazaron del campo
Donde era libre
Soñaba despierto
Y mis hijos dormían
Cantándoles a las estrellas.

Como de costumbre

El estruendo perfora
La quietud del momento
El silencio huye en desbandada
Como de costumbre
Nadie oye ni ve nada
La incertidumbre
Ocupa el resto del tiempo.

Pasaron como langostas

Pasaron como langostas
Invadieron los caminos
Desmembraron la montaña
Arrasaron la llanura
Rompieron los espejos de agua
Desmantelaron pueblos
Minaron las costumbres
Y los sueños de mi gente.

Pero más allá de las ruinas
Hay semillas que guardan el milagro
De los árboles, de las mariposas
Los secretos del agua,
La sabiduría de los pueblos
Y la sonrisa de los niños
En una tierra libre.

Plegaria

Maestro de la vida y del amor
Haz que tu energía
Ilumine mi sendero
Y me permita descubrir
¿Quién soy?.

Y si el éxodo ha de continuar
Permíteme encontrar tu huella
Revélame tus sueños
Y ayúdame a entender tu sacrificio.

Aún nos sobra tiempo

Y las noches siguen durmiendo
Mientras el sol vela sus sueños
Los ríos cuesta abajo van cantando
Su eterno idilio con el mar
Y los hombres mueren
Cuando les llega su hora.

Todo es como siempre
Rutinario y persistente
Pero tú, hombre de odios
Hombre de mil fuegos
¿Por qué gastas tus energías
en esas muertes programadas?
¿Qué te atemoriza?.

Si aún nos sobra tiempo
Para hacer historia
Y aun nos sobra espacio
Para sembrar amor.

Crear de nuevo en la ternura

¡Oh, cuánto daría!
Por volver a mi remota infancia
A trepar en los árboles
Que llegaban al cielo
Soñar con princesas azules
Despertar con los ángeles
Buscar tesoros perdidos
En las playas desiertas
Esperar por las noches
Las estrellas fugaces
Convertidas en almas
Elegir cometas
Hasta fundirse con el cielo
Jugar con mis amiguitos
Carreras con carritos de madera
Escuchar de mis abuelos
Los cuentos de tío conejo
Y las leyendas del río.

¡Oh, cuánto daría!
Para que la ternura regresara
A esa edad de la inocencia.

Morir un poco

En esta vida limitada
Esperar a que me llegue el turno
Es estar en el exilio
De la existencia misma.

Seguir indiferentes
Es continuar en la agonía
De ir muriendo un poco
Con el dolor ajeno
Con el dolor del pueblo
Con el dolor de patria.

Mi tabla salvavidas

Ahora que ya mis afanes
Se quedaron rezagados
Quisiera arreglar algunas cosas
Que no armonizan en mi tierra
Pero la prudencia me susurra
“Hace mucho frío allá afuera”
Entonces
Como tabla salvavidas
Acudo a la poesía.

Vive el presente efímero de la horas

Si las horas te marcan el paso
De la espera, la rutina y el ocaso
Haz con los minutos
Cadenas de sonrisas
Y recuerdos gratos
Desarrolla en los instantes
La intuición del alma
Penetra lo intangible
Y disfruta de esas tantas cosas
Bellas y sencillas
Que a menudo
Encontramos a la mano.

Aprende a escuchar a los árboles
Observa en las hormigas
La constancia en el trabajo
Encuentra en las tragedias
El abrazo cariñoso del perdón
Y vive el presente efímero de las horas
Que despertar más tarde
Ya de por sí
Es un futuro hermoso.

Después de la tormenta

Si los ríos
Vuelven a su cauce
El mar a su nivel
Y el cielo
Después de la tormenta
Vuelve a mostrarse azul
¿Por qué no ha de llegar
La paz y la tranquilidad
A mi terruño?.

No se olviden de mí

Aunque esté
Cediendo espacio
Todavía me sobra tiempo
Para seguir sembrando
En las arenas
Y estar más enamorado
De la vida.

Por favor
¡No se olviden de mí!
Aún puedo con mi voz
Elevar súplicas al cielo.

Un corazón para amar

Aunque pierda
Todo lo que tengo
Todavía me queda
La luz del cielo,
La música del viento,
La armonía de las cosas
Vistas como son
El silencio de mis muertos
Y la fuerza de mi oración.

Pero, sobre todo,
Me queda
Un inmenso corazón
Para seguir amando.

El amor, la única verdad

En estos tiempos
Llenos de cicatrices y presagios
El amor es la única respuesta.

En este mundo de ilusiones
De cosas que el tiempo desvanece
El amor es la única verdad.

En aquellos remotos años de mi infancia
La vida se me presentaba mágica
Fui feliz jugando con mis propias fantasías
Cuando llegaron los años de conquistas
En un tiempo exigiendo explicaciones
Dominado por códigos y normas
La realidad se me fue enredando
No sabía dónde llegar ni definir lo que quería.

Luego en los años de mi encrucijada
Con una sociedad llena de conflictos
Me individualicé en la especie
De los que querían arreglarlo todo
Ya en la madurez, vi que la Tierra
En ningún tiempo ha sido de nadie
Y que todo esplendor se desmorona
Hoy veo claro mi amor al mundo.
Jamás seré un individuo en armonía
Sin los componentes vivos y no vivos
Que hacen parte de mi viaje.

Ahora sé cuál es el camino...

Cómo me duele la paz

Cómo me duelen
Los gritos desesperados
De aquellos que esperan
Sin encontrar salida
Los lamentos resignados
De quienes han perdido la esperanza.

Cómo me duele
La indiferencia voraz
Que nos rodea
Y el odio que alimenta la hoguera
Donde mi patria arde.

Cómo me duele la paz
Que tanto perseguimos.

¿Dónde estás paz?

¿Dónde estás paz que no te encuentro?
¿En qué parte de mi ciclo evolutivo
Mi corazón abandonaste?
¿En qué parte de mi historia
Perdimos el camino?.

¿Hasta dónde vamos a llegar
Con esta violencia fratricida
Que nos destruye y encadena
A la arrogancia de aquellos
Que se erigen amos
De la vida y de la muerte?

¿Hasta cuándo vivir en las tinieblas?
Mira que ya los caminos
No quieren llegar a su destino
Y la aurora también ya nos causa miedo.

Clamor por la paz

¡Oh, Dios del universo!
Ya no más esta corriente
Fáustica que nos arrastra
A una realidad que nos madruga
Y nos pone a guerrear
Sin sentido alguno

¡Oh, Maestro del amor!
Ya es hora de que nos tiendas una mano
Ayúdanos a encontrar en tu palabra
La fuente de armonía
Y superar la ebriedad de las tinieblas
Nutre con tu amor universal
Cada nuevo amanecer
Y la paz rebrote en las cosechas
Como símbolo de la tierra prometida.

Un legado para mis nietos

Soy uno más
De aquellos tantos colombianos
Que llevan en su equipaje
Un diario donde la violencia
Brotó en mucha de sus páginas
Soy uno más
De aquellos que antes de llegar
Al final de su existencia
Quieren dejarles a sus nietos
Un diario que al final
Diga en letras grandes.

“...y por fin, el árbol de la paz
Comenzó a crecer por siempre
En esta Patria mía”.

Será mucho pedir

¡Será mucho pedir!
Hermano de infortunios
Que la paz de la conciencia
Sepulte las tristezas
Allí, donde ha llovido llanto
Allí, donde ha corrido sangre.

¡Será mucho pedir!
Hermano en la esperanza
Abrirle el corazón a la concordia

Y volver a disfrutar
Bajo el espacio infinito
El calor de una fogata
¡Será mucho pedir!
Hermano en esta travesía
Que nos demos un abrazo
Y juntos cultivemos en nuestra tierra
La semilla que guarda en su memoria
Los secretos del amor,
Del perdón y la alegría.

Razones para vivir en armonía

Porque solo somos
Viajeros en un mundo
De donde nada nos llevamos
Cuando regresamos
Al reino de los espíritus celestes.

Porque compartimos un sol
Que nos programa la existencia
La energía vital de la biósfera
El abrigo de la atmósfera
el aire que aviva nuestra sangre
Y el agua, la savia de la vida.

Porque hacemos parte
De una naturaleza con el poder
De restablecer el orden violentado
Por aquellos que lo quieren todo

Porque después de las tormentas
La pequeñez que nos invade
Nos vuelve tan sensibles
Que lloramos por la vida.

Entre paréntesis

Mientras ellos, los de allá arriba
Nutren sus sueños en tantas cumbres
La hostilidad racial sigue desafiante
Las armas la siguen produciendo
Un pueblo se muere de hambre
Desaparece un bosque
Se extingue una especie
Un mar se tiñe de negro
O el aire se fragua en el viento.

Mientras ellos, los de la otra orilla
Filosofan sobre la conciencia
En cualquier parte del mundo
Fusilan esperanzas
Castran libertades.

Mientras ellos, en las cumbres
Encuentran solución
A los dolores del mundo
Yo seguiré sembrando
En los pedregales
Y sin alambradas.

La paz en el perdón

Si todos sintiéramos
La onda de paz
Que nos da el perdón
De quien en la cruz
Sacrificó su vida por nosotros
No existirían diferencias conceptuales
Sobre quién tendría la razón
Para escoger el camino
Al país que soñamos todos.

Una Colombia
Donde nuestros niños
Puedan deleitarse
Con los colores de la música
Los olores de la lluvia
Los sabores de la madre Tierra
La textura de la brisa
Y puedan recibir
El sol de la mañana
Con las ventanas abiertas.

Por un nuevo porvenir

Amigo de esta encrucijada
Si hasta ahora has escapado
A la codicia de la depredación
Y no te has contaminado
Con la verborrea de aquellos
Que sostienen las heridas del pasado
Es porque la paz está contigo.

Y si estás libre de rencores
Ven y súmate
A esta legión de árboles estoicos
Que aferrados a la vida
Queremos construir un porvenir
Donde la paz florezca
Por todos los campos de mi tierra.

Renacer en el amor

En medio de tantas calamidades
Con que la naturaleza nos castiga
Siempre quedan semillas
Que conservan un pasado hermoso
Siempre hay milagros
Que nos reconcilian con la vida.
En medio de la cultura fáustica
Que nos apega a cosas
Que el tiempo desvanece
Algún rescoldo queda
Que nos devuelve la cordura.

En medio de esta inmediatez
Por donde a diario transitamos
Siempre hay momentos
Para mirar el firmamento.

Pero, sobre todo,
En medio de esta anarquía
En la que el tiempo nos sumerge
Siempre hay nacimientos
Que nos hacen renacer en el amor
Como seres humanos,
Como familia, como amigos
Como hermanos.

A mi edad

De algo estoy seguro
Con los años, sereno mi espíritu,
Las cosas las miro como son.
Y la sensibilidad me aflora.
Pero, aunque diga algunas veces
llevado por las frustraciones
que este país no lo arregla nadie
también es cierto que,
en lo más profundo de mi corazón,
guardo la esperanza de que mis nietos
y los hijos de mis nietos
puedan disfrutar de la armonía
en una nación en paz.



Serafín Velásquez Acosta

Ingeniero Agrónomo, profesor titular pensionado de la Universidad de Córdoba

Obras publicadas:

Aún nos sobra tiempo.

Poemas. CVS. Montería, 1993.

Serenata para un árbol moribundo.

Relatos, fábulas y cuentos ecológicos.

Editorial Ave Viajera. Bogotá, 2007.

Un toque de alarma.

Poemas, relatos, fábulas y cuentos ecológicos.

Editorial Ave Viajera. Bogotá, 2010.

Epístola de la Madre Tierra.

Evolución de la Tierra condensada en versos.

Editorial Zenú. Montería, 2013.

Miembro activo del grupo de tertulia literaria El Bocachico Letrado, de Montería.



Esta obra se terminó
de imprimir en los talleres de la
Editorial Ave Viajera SAS.
Octubre 2022